

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 216.—SÁBADO 16 DE ABRIL DE 1853.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 60.

## LAS SERPIENTES Y SUS MAGNETIZADORES.

Hay en el hombre cierto espíritu de superstición tan apegado é inherente á la naturaleza humana, que en todos tiempos se han visto muchos inventores de prodigios dispuestos á explotar en su provecho la crédula ignorancia de las masas. La magia es tan antigua como el mundo. Entre las ciencias ocultas, una de las mas prodigiosas es sin duda el arte de encantar ó magnetizar á las serpientes. La Biblia alude en varios pasajes á este don, algo sobrenatural, que en nuestros días reivindican en su favor ciertos indígenas del Asia y Africa. Léase en el capítulo octavo, verso diez y siete de Jeremias: «Os enviaré, dice el Señor, serpientes y basiliscos que no estarán encantados, que os morderán.»

Era muy natural que la poesía, amante siempre de todo lo que es maravilloso y extraordinario, celebrase la poderosa magia que sabe imponer al mas peligroso de todos los reptiles:

*Frigidus in pratis cantando rumpitur anguis,*

dice Virgilio en la octava égloga, al recordar la metamorfosis de los compañeros de Ulises. Manilio y Ovidio emplean tambien las mismas espresiones.

No abrumaremos ni fastidiaremos al lector con nuevas citas. Recordaremos tan solo que los Psilas y los Marmaridas de Africa, lo mismo que sus rivales los Marsios de Italia, fueron célebres en el arte de magnetizar á las serpientes. Plinio pretende que estos hábiles encantadores exhalaban naturalmente y sin ningun esfuerzo por todos los poros ciertas emanaciones que hacian en las serpientes el mismo efecto que el veneno, ó mas bien que un clorofórmico infalible (1). «Este precioso don, dice el venerable naturalista, les sirve de piedra de toque para conocer la legitimidad de su raza. Cuando les nace un hijo, le arrojan á la serpiente mas venenosa que pueden encontrar, seguros de que el niño nada tiene que temer de su veneno si la madre ha permanecido fiel al tálamo conyugal.»

Veamos ahora lo que dice el doctor Mead acerca de estos seres privilegiados:

«Había un tiempo en Africa ciertos individuos que pertenecian á la tribu de los Psylas, que habian adquirido gran renombre por su habilidad en curar las mordeduras de las serpientes de que está lleno aquel suelo. (Plinio, *Hist. nat.*, lib. VII, cap. 2.) Créase que estos hombres se hallaban dotados de una constitucion física de tal manera incompatible con el veneno, que ningun animal venenoso se atrevia á morderles. Lo que en todo esto hay de cierto es, que se curaban de sus mordeduras por un medio verdaderamente extraordinario y sorprendente á los ojos del vulgo; es decir, que aplicaban sus labios á la herida y absorbian el veneno inoculado. En Italia, los antiguos Marsos se atribuian á sí mismos igual poder de curar, añadiendo al remedio ciertas palabras sacramentales que imponian al enfermo, y daban gran respeto y veneracion al curandero. Pero Celso, llamado el Hipócrates latino, hace notar con justicia que estos individuos no tenian mas mérito

(1) El traductor de este artículo ha tenido ocasion de presenciar durante sus viajes una escena verdaderamente admirable del efecto que produce el magnetismo (porque tal es la causa en su sentir) en las serpientes. En 1838 habia en Londres una coleccion de fieras venidas directamente de la India inglesa, cuyo dueño tenia bajo sus órdenes, para cuidarlas y dirigir las en sus ejercicios, á un indio medio habitante de los bosques y medio hombre civilizado. Entre las alimañas se encontraba una serpiente llamada de cascabel, de dimensiones colosales. El indio la dominaba de tal manera con la mirada tan solo, que un dia, para hacer ver su fuerza magnética á unos cuantos curiosos que allí nos encontráramos, y en los momentos en que el peligroso reptil se hallaba como poseído de un furor espantoso, revolviéndose en su grande hielro y amenazando con ojos centellantes y contorsiones repetidas á los pobres animales que estaban ya dispuestos para servir de pasto á su voracidad, se presentó de repente el indio, y mirándola fijamente con ojos amenazadores, no tan solo logró calmar aquel furor inaudito, sino que llegó á dormirla profundamente, como si acabara de saciar su voracidad. El indio abrió entonces la jaula, no sin espanto y terror de los presentes, se metió en ella cojiendo y manejando al reptil como puede manejarse un objeto sin vida. Un cuarto de hora despues, y con otra mirada algo mas benigna del habitante de la India, volvió en sí, y se arrojó sin piedad tan dolorosa que nos hizo dejar al momento aquel sitio. La manera con que el indio magnetizó á la serpiente fué tan sencilla y natural, sin necesidad alguna de los *pases* que acostumbra dar en general los magnetizadores de personas, que á no haberle mirado atentamente, cualquiera hubiera creído que era uno de los espectadores que admiraban la fuerza y vigor de aquella fiera. (Luis Miquel y Roca.)

que cierta dosis de fuerza de voluntad, autorizada por una práctica constante. En efecto, el veneno de las serpientes, como igualmente otros venenos de que se servian los galos, no se inocula en la membrana mucosa de la boca, y sin embargo puede dar la muerte por inoculacion. Por eso, cualquiera que á imitacion de los Marsos se atreva á chupar la herida hecha por algun reptil, podrá sin peligro propio salvar la vida del herido.» (Celso, *Med.*, lib. V, cap. 17.)

Aristóteles en su *Historia animal*, lib. VIII, cap. 29, pretende que la saliva del hombre es dañina para la mayor parte de las serpientes, y Nicandro declara que estos reptiles huyen de su olor.

No es posible ciertamente dudar de la eficacia de la absorcion; de ella volveremos á tratar al describir los cuidados y remedios que deben darse y hacerse á las personas mordidas por los reptiles. Empero antes de abordar esta parte de nuestro trabajo, debemos todavia informar al lector de los

ciertas serpientes sagradas que no mordian á nadie. Sin embargo, segun nos las describe, debian pertenecer á la especie mas peligrosa de los reptiles, pues eran pequeñas con dos pequeños cuernos en la cabeza, cuyo retrato es el mismo que se hace del cerasto, cuya mordedura es mortal. Herodoto añade que cuando aquellas serpientes morian, se las enterraba en el templo de Júpiter Ammon, á quien estaban consagrados. El *Naiá Hadje*, el *Hadje ó Hadje Nascher* de los árabes modernos, fué adoptado por los antiguos egipcios como emblema de su Dios Bueno, y tambien como representacion del monarca ó soberano. Las tiaras que llevan todas las estatuas de los dioses y reyes de Egipto estan adornadas de estas serpientes.

El *cobra de capello*, de los portugueses del Asia, es aun en nuestros días el objeto de un culto especial en algunos templos de la India, donde los Hindeves le reconocen como mucho mas superior que el hombre en el arte de proyectar y llevar á cabo los malos pensamientos. Se veian salir estas serpientes al sonido de un caramillo de las madrigueras de los templos, para comer en la mano del que les presentaba la comida. El pueblo que presenciaba aquel portento, se imaginaba al contemplar la docilidad y sumision de tan peligroso enemigo, ver al mismo Dios encarnado bajo la forma del rampante reptil.

Para lograr desarmarla, y darla aquella maravillosa docilidad, los únicos medios conocidos que se empleaban, sin recurrir á la magia, eran arrancarle los dientes y sus glándulas venenosas, y despues tratarla con ese cariño continuado y razonable, con el que se amansan casi todos los seres vivientes: usando además para fascinarla ciertas yerbas y la fuerza magnética ó fascinadora, hija del convencimiento del poder propio del fascinador, seguro de que no existe serpiente alguna, por poderosa que sea, que pueda ocasionar daño alguno al operador.

La mayor parte de los sacerdotes y juglares han tenido que emplear los medios mecánicos mas naturalmente conocidos para destruir el daño que naturalmente hacen las serpientes, tales como las conocidas con el nombre de *cesasto*, y las dos especies de *naias*. No obstante, una vez adoctrinados por la esperiencia, no podemos menos de convenir que ciertos fascinadores ó magnetizadores de serpientes poseen la facultad de manejar impunemente los reptiles mas dañinos en plena posesion de sus dientes y venenos que causan inmediatamente la muerte.

«Los magos son muy conocidos en todo el Egipto, dice Hasselquist; son por lo regular rudos campesinos que van al Cairo para ganar su vida con este oficio. He visto uno, continúa este autor, de una habilidad tan extraordinaria, que no puede compararse con los mas hábiles prestidigitadores de Europa. Esta especie de brujos cojen las serpientes mas venenosas, juegan con ellas, las cobijan en su seno, y hacen con ellas los juegos mas sorprendentes. El magnetizador de quien me ocupó, no tenia en su poder mas que una pequeña víbora; pero he visto otros que manejaban serpientes de tres y cuatro pies de largo, y de la especie mas dañina. Me he cerciorado por mis propios ojos si acaso de antemano les habian arrancado los dientes; pero he quedado completamente convencido que las conservaban intactas. De donde saco la consecuencia que existen todavia en Egipto muchos individuos de la raza de los Psylas. En cuanto al medio de que se valen no me ha sido posible el saberlo. Hay gentes supersticiosas que piensan generalmente que semejante resultado lo obtienen por medio de un arte sobrenatural que aquellos seres misteriosos reciben de algun ser misterioso é invisible. Ignoro si el poder de los fascinadores les viene de algun origen malo ó bueno; pero sí estoy convencido que los que abrazan esta profesion se sirven de varias prácticas supersticiosas en las que tienen entera fé.

» En julio especialmente es cuando se procuran toda clase de serpientes, de las que tanto abundan en Egipto, porque los grandes calores las multiplican hasta lo infinito. Por mi parte he tomado todas las disposiciones posibles para recoger un gran número, y tengo muchas conservadas en espíritu de vino. Entre otras poseo una víbora, con *jucalus* y un *anguis marinus*. La muger que me las trajo me asombró sobremanera, así como á todas las personas que estaban en aquel momento en mi compañía, por su gran serenidad en manejarlas. Era en efecto curioso verla manejar aquellos temibles reptiles sin que ninguno la ocasionase el menor daño. Para meterlas en la botella donde queria conservarlas las tomó con



Mad. Dudevant (Jorge Sand).

misterios de la magia antigua, de los cuales nos hemos por un breve instante separado.

No podremos asegurar si pertenecia á la nacion de los Psylas ó á la de los Marsos aquel Atir, magnetizador ó fascinador de serpientes *serpentes exarmare veneno doctus*, que Silio Itálico ha inmortalizado en los siguientes versos:

*Necnon serpentes diro exarmare veneno:  
Doctus Atyr, tactuque graves sopire chelydros.*

Luciano nos ha conservado el nombre de Babilonio de Caldea, otro fascinador, que por medio de ciertas palabras misteriosas, y ceremonias cabalísticas, reunió una mañana todos los animales venenosos, libertando al país de aquella raza maldecida.

El arte de amansar y hacer inofensivas las mas venenosas serpientes, formaba parte de la ciencia de los sacerdotes egipcios.

Cuenta Herodoto que en las cercanías de Tebas habia

la mano, manejándolas como si fueran una cinta cualquiera. Unicamente las víboras parecían encontrarse mal en aquel local estrecho, puesto que se salían antes de meter el tapon, enroscándose en los brazos de la magnetizadora, sin que por eso recibiese daño alguno. Ella, por el contrario, fué agarrándolas una por una, metiéndolas sucesivamente dentro de la botella que debía servirle de sepulcro. Habíalas cazado en el campo con la misma facilidad con que las manejaba en nuestra presencia; así al menos nos lo dijo el árabe que la acompañaba. No puede dudarse, por lo tanto, que la tal muger posea el arte de fascinarlas. Nada sin embargo pudimos hacerla confesar; respecto á esto guardaba el silencio mas profundo. El arte de magnetizar las serpientes es un secreto que solo poseen los egipcios; secreto en verdad digno de la observación é investigaciones de los naturalistas y viajeros. Puede juzgarse de la antigüedad de este arte cuando se sepa que los Psylas y los Marsos, originarios de Africa, hacían en Roma estos juegos sorprendentes. ¿No es en efecto extraordinario que su secreto método haya permanecido hace ya mas de dos mil años enteramente reservado á ciertos individuos, cuando tantos otros misterios los ha revelado el tiempo?»

(Continuará.)

## LAS CENAS DEL DIRECTORIO.

### CAPÍTULO XII.

#### Interrogatorio.

—Capitan, dijo el director, acabais de llegar del ejército de Egipto, y ya habeis comprado una magnífica hacienda, pagándola en oro contante. El gobierno, á quien servís, tiene el derecho de preguntaros de dónde procede la fortuna que tan repentinamente habeis adquirido, supuesto que hasta ahora no se os conocían bienes. ¿De dónde ha salido ese oro?

—He llegado de Egipto, respondió Raimundo con acento tranquilo y sonoro, con veinticinco luises en mi bolsillo. En cuanto á la hacienda que, al parecer, he comprado, pertenece á Mr. Clemente, antiguo mayordomo de la misma, quien se ha hecho su propietario. Yo he sido el testafiero de Mr. Clemente, por razones que debo callar aquí.

—No contesta mal, murmuró Barras meneando la cabeza. En aquel momento entró un criado anunciando al ciudadano director Sieyes. Barras se levantó, y dando algunos pasos hacia el abate, su enemigo íntimo, aunque al mismo tiempo su muy estimado colega, le dijo sonriéndose:

—Llegais muy oportunamente, y supongo que Botto os ha enterado de que me hallaba aquí: os agradezco que hayais venido.

El ciudadano Sieyes contestó que, en efecto, se trataba de hacer frente á ciertas dificultades que habian sobrevenido durante el día. Reconociendo en seguida al oficial que habia encontrado por la mañana en casa de Talleyrand, añadió:

—Por cierto, capitan, que si no os viese aquí, hubiera propuesto á mi colega que os enviase á buscar.

Era pues evidente que el oficial se encontraba gravemente comprometido por sospechosos: por su parte, comprendió perfectamente la gravedad de su situación, y la desafió frente á frente, como lo hubiera hecho con un enemigo peligroso.

—He encontrado á Fouché, repuso Sieyes dirigiéndose á su colega, y le he prevenido que estáis aquí; de modo que no tardará en venir.

—¡Ah! no me equivoco, exclamó Barras, que se habia asomado á la ventana del patio: ahí llegan tambien nuestros colegas Gohier, Moulins y Ducos. Se conoce que Botto no se descuida y que á todas horas quiere vernos reunidos en consejo. Ea pues, ya que la casualidad así lo dispone, celebraremos sesión en esta encantadora morada.

—Esta señorita presidirá, murmuró Sieyes dirigiendo á Coraly una mirada que queria decir: «Estáis de sobra entre nosotros.»

Pero Coraly, entregada á sus cavilaciones, no conoció que su presencia en el salon estorbaba á aquellos hombres reunidos en consejo. Se hacia cargo de la crítica posición del capitan; preveía contra él rigores provocados en parte y fatalmente por ella, sus sentimientos de cólera y de venganza se desvanecían, y la pobre jóven empezaba á temer seriamente por aquel á quien amaba ya mucho mas de lo que ella misma pensaba.

Los tres directores anunciados entraron en el salon: Gohier dijo que el caso era urgente, y aprobó el que allí mismo se abriese la sesión.

Roger Ducos consultó con una mirada á su oráculo Sieyes: el abate se sonreía y aprobaba; por consiguiente, Ducos aprobó y se sonrió.

Entre tanto llegó tambien el ministro de policía, y Barras mandó encender veinte bugías y cerrar las persianas. Fouché tenia en la mano un legajo de periódicos, de pasquines y de hojas volantes: su semblante estaba sombrío. Aquel rostro pálido, feo y duro, aquellas miradas escrutadoras, fijas y severas, aquel cuerpo anguloso y flaco, aquel traje oficial, cuyo principal distintivo era el cinturón tricolor, todo en Fouché inspiraba un sentimiento de repugnancia y de miedo, que hubiera hecho temblar á otro que no fuese el capitan Raimundo.

—Ciudadanos, dijo, es una circunstancia feliz el que aquí estemos todos reunidos. La situación es grave, y así tened la bondad de escucharme.

Sentáronse todos, de modo que Barras quedase colocado en el centro y delante de una mesa, en la que se habian puesto dos candelabros. Se invitó al capitan á que tomase asiento, y lo hizo dándole frente al semicírculo formado por los miembros del Directorio. Coraly se refugió á un ángulo de la chimenea, y hacia aquel sitio se dirigian las inquietas miradas del ministro de policía.

—Pareceme, dijo Barras, que nos estamos portando como usurpadores. ¿Debemos por ventura desterrar á esa jóven de su propio salon? Además, ciudadanos, á todos nos consta la gran discreción de esta señorita.

El ministro no insistió, pues el consejo rogó por unani-

midad á Coraly que se considerase ama de casa, como siempre. Ella permaneció en el salon, tal vez por orgullo, tal vez por servir á alguno de salvaguardia, reservándose el derecho de abandonarlo cuando le pareciese conveniente.

—Ciudadanos directores, dijo Fouché, hace dias que se nota fermentación en el pueblo de París. Las noticias de Italia, que continúan siendo desastrosas, sirven de pretexto á los agitadores, y se explotan nuestros reveses en provecho de ciertos nombres que recuerdan victorias. Se trata de envilecer al gobierno ante la opinión pública, y dos partidos violentos estan en acción incesante, á saber, los realistas, pagados por la Inglaterra y por el duque de Brunswick, y los Jacobinos: prontos y dispuestos estan ambos á unirse contra nosotros. El partido Jacobino, ese recuerdo de Robespierre, no tardaría en dar cuenta del realista; pero no dispone de un franco, y el último lo maneja por medio de sus grandes recursos. Leed el *Diario del Pueblo* y vereis que Graco Babœuf no ha muerto todavía; vereis que en vez de tronar contra los traidores, contra los monárquicos, contra los curas y contra los nobles, se desata en injurias contra nosotros. Mis agentes han cojido á muchos descamisados que gritaban por las calles: «Queremos orden y pan.» En otro tiempo se clamaba por la guerra, pero hoy se quiere apagar el odio público contra el extranjero y encenderlo contra el gobierno del Directorio. Hé aquí los pasquines que se han fijado en el Palacio Nacional y en las principales calles de París: en ellos se recuerdan los tiempos felices de la monarquía. Se ha probado tambien que una mano oculta ha repartido mucho oro en París estos dias, y muy bien sabeis lo que puede el oro en estos momentos, puesto en competencia con los asignados. Propongo, en consecuencia, al Directorio, que me autorice para hacer pesquisas extraordinarias á domicilio, supuesto que mis atribuciones son insuficientes para...

—Ciudadano ministro, repuso Gohier, habláis mucho y con razon de los realistas y de los jacobinos; pero hay un tercer partido, enteramente nuevo y por lo mismo mucho mas peligroso; me refiero á ese partido de entusiastas por nuestras glorias militares, que explota un nombre célebre y nos amenaza con una reaccion.

—Abreviemos suposiciones, dijo Moulins; el partido de Bonaparte.

—Ciertamente, replicó Fouché, que los partidarios del general se aumentan de dia en dia.

—Y que su insolencia es intolerable, añadió Sieyes, que entonces era muy enemigo de los militares.

—Ciudadano ministro, preguntó Gohier á Fouché, ¿qué habeis indagado acerca de la reunion verificada hace dos horas en el Palacio Nacional?

El ministro dirigió una mirada al capitan Raimundo, que estaba muy tranquilamente sentado.

—¡Ah! contestó; hé ahí un oficial que puede informaros con exactitud acerca del asunto.

—¿Cómo! añadió Moulins, ¿es el capitan que ha amotinado á la multitud á su alrededor?

—Capitan, exclamó Gohier, era casi un motin, y un motin en favor vuestro.

—Esplicad esos hechos, capitan Raimundo, dijo Barras. Levantaos.

El capitan obedeció, y con el sombrero bajo el brazo izquierdo, la mano derecha apoyada en el respaldo de un sillón, en pié y con la frente erguida, como si estuviese en una tribuna, se espresó así:

—Ciudadanos directores, ¿me permitiréis, antes de toda esplicacion, manifestar mi extrañeza al encontrarme de improviso delante de un alto tribunal de justicia? He venido á esta casa á visitar á una jóven encantadora, que me habia autorizado al efecto; he llegado sin prever en lo mas mínimo la acusacion que pesa sobre mí, y antes de conocer mi delito, antes de haber podido pensar en los mas sencillos medios de defensa, me veo repentinamente en el banco de los acusados y en frente del tribunal mas temible. Una comision militar concede, al menos, al presunto reo unas cuantas horas y un defensor...

—Capitan, le interrumpió Barras, no sois presunto reo, ni se os acusa. Se os piden esplicaciones de vuestra conducta, que, voluntaria ó involuntariamente, ocasiona hoy mucha agitacion en el público.

—Mi conducta, ciudadanos directores, respondió Raimundo, es la de un oficial que obra públicamente y con lealtad. He venido á París con una mision honorífica, y os he entregado, de orden de mi general en jefe, las banderas cojidas al enemigo en los últimos encuentros de Egipto. Concluida dicha mision, y despues de haber llenado todas las formalidades militares que estan prevenidas, he creído que podía dar cumplimiento á varios encargos de interés particular, que me han confiado tanto mi general como otros oficiales del ejército de Egipto. He hecho visitas, y he tenido la honra de ser recibido por altos personajes...

—Habeis estado dos ó tres veces en casa de la generala Bonaparte, murmuró una voz.

—Una vez, ciudadanos directores, contestó el capitan: solo he tenido ese honor una vez.

—¿Y le habeis traído noticias del ejército, que no podemos conocer nosotros?

—Cartas del general Bonaparte; pero espero que no se me preguntará si estoy enterado de su contenido.

—¿Habeis visto muchas veces á Luciano y á José Bonaparte?

—Sí, ciudadanos directores.

—¿Y á varios generales descontentos?

—Está obligado un capitan de caballería á informarse de las quejas, justas ó injustas, que pueden tener del gobierno los oficiales superiores?

—Vuestra llegada á París ha sido un acontecimiento, y vuestra presencia en los sitios públicos, siempre de uniforme, causa una emocion inesplicable.

—He recibido una orden del gobernador de la capital para que me presente en público en traje militar.

—Es imposible que no hayais escitado con vuestras palabras el entusiasmo en favor de ciertos nombres de guerra.

—Cuando se me ha preguntado sobre los acontecimientos militares, he dado con franqueza pormenores ciertos y seguros, que se ven confirmados en los periódicos.

—Hoy mismo, en el Palacio Nacional, se han formado gru-

pos tumultuosos en torno vuestro, y de allí han salido gritos significativos y hostiles al gobierno.

—Al atravesar el Palacio Nacional para venir aquí, he sido reconocido y me han rodeado varios oficiales del ejército de Italia: hablando estabamos, como buenos camaradas, cuando mayor del general Bonaparte: todos querian verme, y muchas personas me han estrechado la mano. Aquella reunion ha ido en aumento; el grupo se ha electrizado, y hemos oido las voces de ¡Viva el ejército! ¡Viva el general Bonaparte! ¡Vivan los vencedores de Italia y Egipto! Mis camaradas y yo hemos contestado: ¡Viva la Francia!

—Pero no ¡Viva la República! Decid ahora, capitan, ¿cómo poseis tanto oro?

—He satisfecho en cuanto á mi conducta como oficial del ejército: respecto á mis negocios particulares, si se ha descubierto en ellos alguna cosa contraria á la probidad, pido que se me cite ante un tribunal competente, á fin de que, segun las leyes previenen, pueda yo defender mi causa.

—¿De modo que disponéis de sumas considerables, sin querer indicarnos su origen?

—Así es, por mucho que respete á los miembros del Directorio.

—Basta. Se dice que estais en correspondencia con Carnot y con otros proscriptos.

—Se dirá cuanto se quiera; no conozco al ciudadano Carnot, y no dirijo cartas al extranjero.

—Pero veis á muchos realistas...

—Si los encuentro en público y son conocidos míos, les hablo.

—¿Teneis relaciones con los jefes de los Jacobinos?

—Los veo en el paseo, reconocen mi uniforme, me dirigen la palabra, y les contesto.

—Simpatizais con los dos partidos extremos que conspiran, luego tambien conspirais.

Raimundo reprimió un movimiento de indignacion, y dijo: —He ganado mi graduacion con el sable; he recibido cinco heridas; el general en jefe Bonaparte me honra con su confianza; los generales Desaix, Berthier, Lannes y otros me distinguen con su estimacion y amistad... Yo no conspiro; si esos jefes, que son el honor de la Francia, conspiran, conspiro con ellos.

—Capitan, esos no son sentimientos republicanos: si vuestros jefes conspirasen, vuestro patriotismo os exigiria denunciarlos.

—Ciudadanos directores, mi patriotismo consiste en batirme contra los enemigos de la Francia, do quiera que los haya: soy un soldado del ejército, y no un esbirro de la milicia.

Hubo un instante de silencio, y los directores se dirigieron recíprocas miradas; despues comenzaron á hablar en voz baja. Coraly se levantó, y al acercarse á la puerta de salida pasó junto al capitan, á quien entregó con disimulo un papelito doblado: en seguida abandonó el salon.

El capitan echó el papel en el sombrero y leyó en él estas palabras:

«Sereis arrestado probablemente al salir de aquí, porque tienen miedo. Valor y confianza.»

El consejo recobró su actitud imponente, y Barras dijo á Raimundo:

—Capitan, estamos poco satisfechos de vuestras esplicaciones; pero tenemos que deliberar. Tened la bondad de retiraros al gabinete que está en aquel ángulo del salon, y os avisaré cuando debéis presentaros aquí.

Raimundo entró en el indicado gabinete y se sentó en un canapé forrado de satin color de rosa, en frente de un precioso cuadro que representaba á Diana y á Venus. Allí se abandonó á sus reflexiones y esperó heroicamente la sentencia que contra él se estaba pronunciando en la pieza inmediata.

(Continuará.)

## LA CAPILLA ESPIATORIA.

NOVELA ORIGINAL

DE D. ANTONIO G. DEL CANTO,

oficial de infantería.

(Continuacion.)

Lo demás que se dijeron mutuamente no pude entenderlo bien; pero sí pude ver por la cerradura los visajes que hacian. El duque ponía tan pronto la cara de un condenado, como sonreía cual si estuviese muy contento. Pero el marqués era otra cosa. Primero gritaba como un desesperado, y luego se puso de rodillas llorando... ¡Maldito lobo! Segun he pensado despues, se me figura que para aplacar la cólera del marqués, á quien sin duda tenia miedo, le dijo algunas palabritas melosas, con las que logró sin duda calmarle, pues debe tener tanta maestria para enganar á los valientes como para seducir á las morenas... ¿No es verdad, hermosa?

—¿Quieres callar, deslenguado? contestó sonriendo la morena.

—¡Miedo!... murmuraba Sancho... ¿El duque dices que tuvo miedo? A pesar de la vida borrascosa que ha tenido, no hay un caballero en Francia ni en España que pueda justar con él con ventaja.

—¿Qué lástima hubiera sido, dijo la jóven, que hubiese muerto al marqués! ¡Tan amable!... ¡Tan hermoso!... Y que el duque no lo hubiera pasado muy bien, pues dicen que es hijo del emperador.

—¡Hola!... ¿Parece que tú tambien estás en los secretos de Estado?... ¿Con que te gusta el marqués?... dijo Sancho con aire socarrón.

Pues á fé que no haces mas que seguir la opinion de la mayor parte de las damas de la corte. Y si no, que lo diga la señorita Blanca, que á pesar de la elevada posición y de la inmensa fortuna que le ofrece el Lobo, se ha prendado de tal manera del marqués, que segun me ha dicho Garcés, criamano del señor conde de Sandoval, pasa las noches y los dias llorando por él, lo mismo que yo lloro por tí, pimpollo mio; y acompañó estas palabras con un gesto chocarrero, al mismo

tiempo que pasaba su arrugada mano por las mejillas de la joven, que sin ruborizarse ni fijar siquiera la atencion en la accion del lúbrico viejo, seguia una conversacion con los otros con el pajeito que tenia á su lado.

—Pero, señores, continuó Sancho, ¿qué nos importa á nosotros la buena ó mala noche que pase el duque, ni sus cuestiones con el marqués? Si la pasa buena, brindemos porque buen provecho le haga; y si mala, que la tome en cuenta de las infinitas mejores que ha pasado en Italia, donde no quedó ni un solo pueblo en que no haya dejado recuerdos de su vida licenciosa, lo mismo que su fiel criado.

—¡Hola!... ¿Con que tú tambien las has pasado buenas? preguntó la joven.

—Pues es claro: dime con quien andas, te diré quien eres. El duque me decia de esta manera: «Sírvenme bien en mis empresas amorosas, y nunca te faltará dinero, y además puedes sacar tu escote con las criadas y doncellas de mis queridas. Yo, que no era ni tuerto ni feo, y por otra parte humilde y obediente servidor, hacia al pié de la letra lo que me mandaba mi amo, y pasaba una vida de príncipe. ¡Ah!... ¡Qué tiempos aquellos!... Pocos dias pasaban sin dar y recibir cuchilladas. ¿Habia un galan que servia de obstáculo á los proyectos del duque? Sancho se encargaba de darle un pasaporte para la eternidad.

—¿Qué!... ¿Tambien has asesinado? preguntó asustada la joven.

—No, muger: todos fueron despachados en buena ley; esto es, cara á cara: aunque á decir verdad, ni el duque ni yo éramos escrupulosos. Me acuerdo que una vez... pero mejor será dejar esta historia para otro dia.

—No, no, seguid: dijeron todos.

—Repito que ahora quiero que bebamos y dejemos estos recuerdos para otra ocasion. ¡Oh!... Entonces sabreis lo que ha sido el Lobo, y lo que son los italianos, y sobre todo las napolitanas. Allí los puñales y los venenos son el pan nuestro de cada dia. Lo que os he contado no vale nada en comparacion de lo que os he de referir cuando volvamos á tener otra buena noche; pero puedo aseguraros con anticipacion que el alma del duque, y acaso acaso la de su obediente servidor, estan ahora mismo ardiendo en los infiernos.

—¡Jesus!... dijeron todos santiguándose por un impulso de temor supersticioso.

En este momento los ojos del lascivo y diabólico viejo, escitados por los vapores del vino y por los lúbricos besos que durante su relato habia estampado en las mejillas descoloridas de la joven, mas se parecian á los de un condenado, que no á los de un alma viviente.

Ultimamente, el lacayo, que hasta entonces no habia desplegado los labios, dijo con balbuciente voz:

—Pido que se brinde por la felicidad del Lobo que tan bien paga nuestro servicio, y por su fiel criado Sancho, que tan buenas noches nos proporciona.

—Bien, bien, gritó aquella turba crapulosa, y todos á un tiempo volvieron á apurar por la vigésima vez los vasos, y siguieron en su inmunda orgia hasta el amanecer.

He hecho esta digresion solo con el objeto de daros una idea de lo que podria haber sido el duque en su juventud, y sobre todo para que conociérais lo que son los criados de confianza. Pues aunque hay algunas honrosas excepciones, no por eso deben los señores hacerles dueños de sus secretos, porque rebajan por este medio su dignidad, que es el único valladar que existe entre sí. Porque nada mas comun que cuando en el interior de una familia sucede algun acontecimiento feliz, ó algun funesto contratiempo, tan ordinarios en el curso de nuestra miserable y efímera existencia, el que los criados en sus círculos familiares formen sus comentarios y saquen á la luz de su maligna critica todos los vicios y defectos de sus dueños.

Desgraciado del incauto que confia su honor y su reputacion á la prudente reserva de un criado! Si por casualidad no publica su falta, y de esto tenemos muy pocos ejemplos, tiene que satisfacer sus menores caprichos, y del mas abyecto y miserable siervo se cambia en el mas insoportable tirano, siendo el roeder eterno de la conciencia de su amo, pues con su presencia tiene siempre delante de sí un padron viviente de la falta que ha cometido, y llegan á cruzar por su mente ideas desesperadas de suicidio ó asesinato.

Nada mas comun que en el interior de la casa de esos célibes que tienen que vivir gobernados por sirvientes de ambos sexos, haya la desmoralizacion mas espantosa, y tengan lugar las bacanales mas asquerosas que puedan presentarse en esas sentinas de corrupcion y de escándalo, llamadas garitos. ¡Bien es verdad que la moral y ejemplo de los señores es la mas de las veces el fanal que sirve de guia á los domésticos!

En la mañana de esa noche de inmunda bacanal, apenas las aves habian entonado el himno de costumbre á los alegres rayos de la aurora, cuando se veia ya á los criados del duque cruzar rápidamente de un punto á otro del palacio preparando su equipaje y su coche de camino.

El marqués de la Lealtad, agitado por las violentas emociones de la noche anterior, no habia podido hallar en el sueño el reposo que necesitaban sus miembros fatigados por las largas jornadas que habia hecho por espacio de seis ó siete dias seguidos; así es, que apenas oyó ruido y movimiento en el palacio, saltó del lecho y se puso á pasear por su habitacion.

Nadie sabia en el palacio que se hallaba de regreso, á escepcion de algunos criados de escalera abajo, pues como habia entrado en su habitacion á una hora muy avanzada, todos estaban en brazos del sueño, y por consiguiente no pudieron enterarse á pesar de haber visto á Hernan por la mañana, de si el huérfano habia venido.

El marqués principió á calcular los medios mas á propósito para salir de tan apurada situacion sin perder la gracia del duque, á quien su generoso corazon amaba, á pesar de su proceder rastrero y poco caba leroso.

Creia que apelando á la súplica y á los medios dulces le seria fácil persuadir á su protector que renunciase á un proyecto que mataba su porvenir.

Creia que el cariño que el duque le habia profesado durante su adolescencia serviria de balanza al que sentia por Blanca, y por consiguiente le cederia su posesion. ¡Pobre joven!... Desconocia el corazon humano. Juzgaba las acciones de los demás por las suyas, y creia que las pasiones del hom-

bre que ha marchado por la senda de la corrupcion y del vicio por espacio de treinta años, se detendrian ante el sentido clamoreo y las lágrimas de un niño.

Embragado de placer con tan lisonjeras esperanzas, no imaginaba el golpe que en aquel momento le amenazaba.

De repente apareció en el dintel de su habitacion su criado y amigo Hernan, con el semblante notablemente alterado.

Alarmado con su aparicion, que no le presagiaba lo que su imaginacion habia soñado pocos momentos antes, le preguntó la causa de su agitacion, y se quedó estupefacto al saber que el duque iba á salir para la quinta de Sandoval.

En el momento en que recibió esta noticia, que aunque no era inesperada, pues Blanca se le habia anticipado, sintió estremecerse de rabia su corazon y agolparse la sangre á sus sienes, y sin reflexionar en la gravedad del paso que iba á dar, se ciñó su espada y se precipitó ciego de ira y de celos en la habitacion del duque en el momento en que aquel se preparaba para marchar á la quinta de Sandoval.

CAPÍTULO VIII.

La astucia.

Apenas habia concluido de colgarse su espada del cinto el duque de San Roman, cuando se presentó repentinamente en el dintel de su cámara el marqués de la Lealtad.

La admiracion y sorpresa del duque fué tan notable al ver aparecer á su protegido y rival en el momento en que menos le esperaba, que no queria d r crédito á sus ojos, y se pasó dos veces la mano por la frente creyendo que era un desvario de su imaginacion.

Pero cuando vió al huérfano adelantarse dos pasos dentro de la habitacion, al ver su semblante lívido y sus ojos centelleando de furor, al notar en sus labios una sonrisa sarcástica y atrozmente despreciativa, y al oír que con acento trémulo y enfático le preguntó:

—Señor duque, ¿dónde vais?

La duda desapareció de repente, y quedó anonadado ante la horrible realidad.

A pesar del dominio que tenia el duque sobre sí mismo, no pudo sufrir con calma la insolente pregunta del huérfano, y á su vez le preguntó sin responderle:

—¿Y vos qué quereis, malvado? ¿Con qué derecho os presentais en mi habitacion de un modo tan descomedido á preguntarme por los actos de mi vida privada? ¿Qué es lo que causa ese furor y agitacion? ¿Habeis perdido el juicio? Si es así, decidlo pronto, rapaz, y mandaré que os encierren en una casa de locos.

El marqués en el estado de demencia á que le habian conducido sus rabiosos celos, le contestó:

—¿Con que os asusta mi locura, señor duque? Mas os asustará cuando sepais que no ignoro vuestros villanos proyectos. No ignoro que mi presencia debe de seros en extremo sensible, pues os impide que vayais á usurparme un bien al que no teneis mas derecho que el que os da vuestra traicion y la ruin ambicion de un padre desalmado. No ignorais tampoco que ese bien me pertenece, que él es mi vida y mi felicidad, y que moriré mil veces antes que consentir que me lo usurpen... Pero no... dijo mudando de tono y asomando á sus ojos una lágrima... Vos... no me lo robareis, señor duque, pues sois compasivo y generoso. Vos sois magnánimo y grande, ocupais en el mundo una posicion brillante y envidiada, y hallareis otras mil que deseáis verse á vuestros piés. Tened piedad de mí, señor duque!... Ya lo veis, los celos... el amor que profeso á Blanca, que es lo único que poseo en el mundo, me han hecho faltar al respeto que debo á vuestra grandeza; pero vos me perdonareis, ¿no es verdad? Vos sereis tan grande y tan generoso que perdonareis al pobre huérfano, al joven desamparado, que no le espera en el mundo mas felicidad que la que vuestra bondad quiere dispensarle. Pues bien, yo la acepto de vos y la acepto de rodillas. Vedme en una posicion en que ningun mortal me ha visto hasta ahora ni me verá jamás. En esta posicion humillante para el que ciñe una espada, os suplico, señor, que si sabeis quienes son los autores de mi existencia, no seais tan cruel que os negueis á revelar-me su nombre, y os juro por mi honor, que si debe quedar envuelta en el velo del misterio vuestra revelacion, jamás saldrá de mis labios una palabra que la declare. ¡Ah!... ¡Por piedad, señor duque, perdonadme y decidme quien soy!...

—¿Que os perdone!... Que os diga quien sois!... Voy á decirlo... Sois un miserable, un villano, que por la posicion baja que ocupais en este instante, revelais lo infame de vuestro nacimiento. Sois un ingrato, pues habiéndoos dado una educacion caballeresca é indigna de vuestra cuna, os creéis con derecho á insultar al que os sacó de la nada. Y sois un deslenguado insolente que habeis tenido la audacia de disputarme la mano de una muger que por sus blasones y su cuna solo tienen derecho á aspirar á su posicion los que ciñen sus sienes con una corona de duque ó de conde!... Dichas estas palabras trató de salir de su habitacion; pero Carlos, que desde la primera frase injuriosa del duque habia dado un salto de tigre, se precipitó sobre él, y cojiéndole violentamente por el brazo y apretando convulsivamente la empuñadura de su espada, gritó con voz de trueno:

—Callad, callad, infame seductor, callad ó con mi espada os cortaré la lengua para escarmiento de malvados hipócritas. ¡Yo miserable!... ¡Yo...! Vive el cielo que si vuestra edad no os pusiera al abrigo de mi justa cólera, os haria ahora mismo pedazos en mis manos.

(Continuará.)

CRITICA LITERARIA.

HORAS DE MELANCOLIA,

por

D. ANTONIO GARCIA DEL CANTO,

OFICIAL DE INFANTERIA.

Aunque han pasado los tiempos de Ercilla, siempre su patria produce y producirá quien escriba,

tomando ora la espada ora la pluma.

Y si fuéramos á enumerar los escritores que se hallan en este caso, nuestra tarea seria interminable. Basta á nuestro propósito consignar que D. Antonio García del Canto es el último de quien tengamos noticia, pues se ha dado á conocer ventajosamente como poeta en el libro que nos ocupa.

Por desgracia el señor Canto llega al palenque literario en una época en que, preocupado el público con cuestiones mas importantes, ó hastiado del abuso de tiempos recientes, desdeña la poesia, y á duras penas los Zorrillas logran sacarle de su marasmo con obras tan notables como los *Cuentos de un loco*.

Sin embargo, esto no quita un solo quilate al mérito de las poesías del señor Canto, que si no se distinguen por la novedad, reunen otras de no poco valor.

Al ocuparse de ellas un periódico de la corte ha celebrado la leyenda malaya en que termina el tomo. En efecto, en ella hay capítulos de bastante mérito, y riqueza, exactitud y verdadera poesia en algunas descripciones. Véase el principio del canto VI titulado *El combate*.

Bella es la tierra cuando goza el alma de placeres y fiestas y alegrías, cuando vemos pasar en dulce calma de nuestra vida los fugaces dias.

Quando de una muger los ojos bellos nos miran con pasion lúbrica ardiente, y á torrentes el alma bebe en ellos un amor que fascina nuestra mente.

Bella es la tierra, sí, de Dios la mano la sacó para el hombre de la nada, y al soplo de su aliento soberano se levantó de flores coronada.

Y los cielos crió, crió los mares de bulliciosas nítidas espumas, y en ellos crió peces á millares, y las aves vistió de hermosas plumas.

Bella es la tierra, sí, grande el artista que del mundo creó la obra maestra, un mundo que hendirá cual leve arista al menor movimiento de su diestra.

Es bello contemplar la blanca aurora iluminar las flores con sus rayos, y es dulce ver el sol cuando colora el horizonte en lánguidos desmayos.

Bella es la tierra, sí, Dios bondadoso para gozar la dió á la criatura, y el hombre miserable y orgulloso la convirtió en un yermo de amargura.

Amaos, dijo Dios á los mortales cuando bajó á salvarlos á la tierra; y por saciar pasiones infernales el hombre mató al hombre en cruda guerra.

Y el insensato vulgo clamorea al héroe que mas víctimas presenta, al que vierte mas sangre en la pelea, al que de sangre solo se alimenta.

Tal es la sociedad, fantasma vano á que el hombre sujeta sus pasiones; y en su fango se arrastra, vil gusano, y al tirano tributa adoraciones.

Pero yo en mis delirios de poeta do quiera elevaré mi ronco acento contra el fiero opresor que no respeta la hermosa libertad del pensamiento.

En este trozo, uno sin duda de los que mas bellezas contienen de todo el libro, se hallan tambien compendiados todos los defectos de que adolece como poeta el señor García del Canto.

En primer lugar, falta originalidad al pensamiento y aun á la forma, pues recuerda enteramente aquellos versos de Zorrilla:

Bello es el mundo, sí, la vida es bella, Dios en sus obras el placer derrama.

Y lo peor de todo es que no pueden pasar por modelos estos versos que elige para imitarlos el poeta.

En segundo lugar, los pensamientos estan desleídos con un exceso lastimoso, que nos ha hecho suprimir algunas estrofas.

En tercer lugar, la lógica poética del señor Canto no siempre es exacta, y le conduce á conclusiones que estan, segun parece, muy lejos de su verdadero asunto. La conclusion, por ejemplo, del trozo que hemos copiado nos lo prueba. Nos parece que ni la hermosura de la tierra y de la naturaleza, ni los pensamientos de gloria y de guerra pueden conducir á esclamar:

Pero yo en mis delirios de poeta do quiera elevaré mi ronco acento contra el fiero opresor que no respeta la hermosa libertad del pensamiento.

En cambio abundan en este trozo espresiones felicisimas é ideas verdaderamente bellas. Véase una muestra:

y al soplo de su aliento soberano, se levantó de flores coronada.

Otras citas pudiéramos hacer que probáran nuestra opinion, así en la parte favorable como en la desfavorable á las *Horas de Melancolia*; pero los cortos limites que un periódico literario nos impone, aunque con harto pesar, nos lo vedan. Alentaremos sin embargo al autor que en tiempos como los presentes empuña la lira contra todas las preocupaciones del siglo, y aun á trueque de que no le escuche hab á al público en el hermoso lenguaje de los dioses.

2009 Ministerio de Cultura

OBRAS DEL PALACIO REAL DE MADRID

Y SUS INMEDIACIONES.

PROYECTO GENERAL DEL ARQUITECTO SAQUETTI.

Quando el primero de los Borbones en el trono español vió desaparecer el antiguo alcázar de los reyes de Castilla á impulsos de un horroroso incendio ocurrido en la noche de



Magdalena.

Navidad 24 de diciembre de 1734, y cuando en virtud de aquella sensible catástrofe que parecia providencial, miró arrancada esta página material de la historia de la dinastía austriaca, su antecesora y antagonista, pensó inmediatamente en sustituir á la vetusta y severa morada de Carlos V y Felipe II un palacio digno de la grandeza é importancia del trono español y de los adelantos modernos de las artes. Desgraciadamente estas habian venido en nuestra España en el reinado anterior á una decadencia solo comparable á la que experimentaban por entonces nuestra política, nuestra industria, nuestras ciencias y nuestra literatura; y especialmente el arte arquitectónico llegaba (segun la feliz espresion del Sr. Llaguno) «á un término tal, en la linea de lo malo, que era imposible pasar adelante.»

Felipe V, verdadero restaurador de la monarquía española en política y en administracion, quiso serlo tambien en su cultura, y magnánimo protector de las ciencias y las artes, creó establecimientos propios para su cultivo, academias, bibliotecas y museos; premió con mano espléndida y liberal á los ingenios sobresalientes del país, y atrajo á él con inmensos sacrificios algunos de los mas notables de Europa.

Viniéndosele á las manos, como pudiera decirse, la ocasion de restaurar el buen gusto en arquitectura que habia absolutamente desaparecido en la corte española en manos de los Donosos, Riberas y Churrigueras, llamó á Madrid para encargarle de la obra del nuevo Real Palacio al presbítero

D. Felipe Juvara, natural de Messina, que estaba reputado por el primer arquitecto de la época por las notabilísimas obras de arte que habia ejecutado en Italia; y á la verdad que esta reputacion colosal no era ciertamente injusta, ni las esperanzas del magnánimo Felipe pudieron creerse defraudadas al ver el magnífico plano del nuevo palacio propuesto por Juvara, y que á haberse llevado á efecto hubiera sido, no solo el primero de su clase, sino tambien la verdadera maravilla de Europa.—El precioso modelo de dicho edificio construido de madera bajo la direccion de Juvara y de su sucesor, y que aun se admira en el Real gabinete topográfico del Buen Retiro, demuestra evidentemente aquel aserto; bastando decir únicamente que segun el pensamiento de Juvara habia de ocupar un cuadrado de 1700 piés horizontales en cada una de sus líneas, ó sea una superficie de 2.890,000; edificio colosal que no sabemos que tenga semejante; y como para ello se necesitase tan grande espacio con el menor desnivel posible, eligió Juvara y propuso al rey para la construccion el llano fuera de la puerta de San Bernardino; idea excelente, que adoptada hubiera cambiado el porvenir de Madrid. Pero la voluntad absolutamente manifiesta de Felipe fué de que la construccion tuviese lugar en el mismo sitio que ocupaba el antiguo alcázar, y para ello hubo que reducir y variar radicalmente las condiciones del proyecto de Juvara; si bien esto no fué ya obra suya, por haberle acometido la muerte á los pocos meses de su residencia en Madrid, falleciendo el día 31 de enero de 1736.

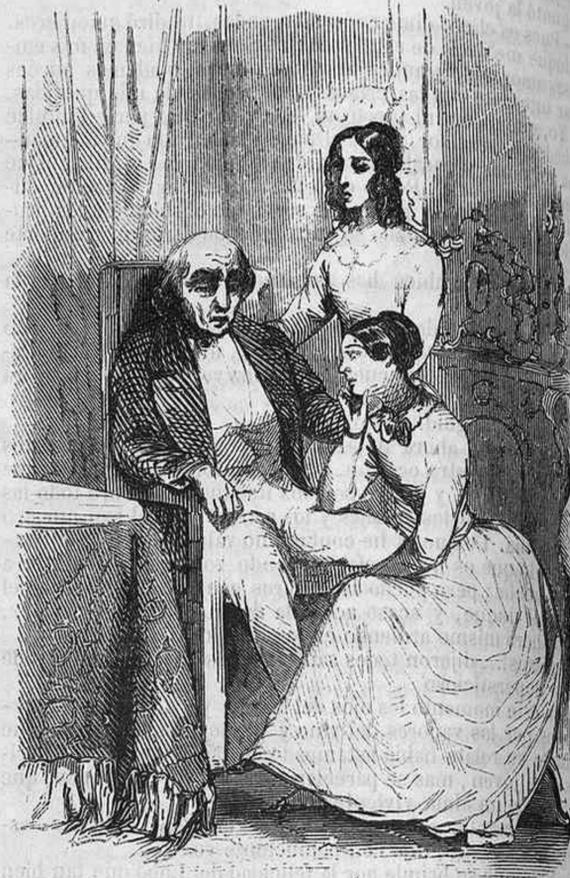
Habiendo designado el mismo por su sucesor y el único que creia capaz de llevar á efecto tan grandiosa obra á Don Juan Bautista Saquetti, su discípulo, natural de Turin, fué llamado inmediatamente por el rey, llegando á Madrid en el



Magdalena.

mismo año de 1736, y encargándose inmediatamente además de la direccion del modelo que habia principiado Juvara, y en que trabajaba tambien el despues tan célebre D. Ventura Rodríguez, de la construccion de la fachada del palacio de San Ildefonso que tambien habia trazado el difunto Juvara. Adop-

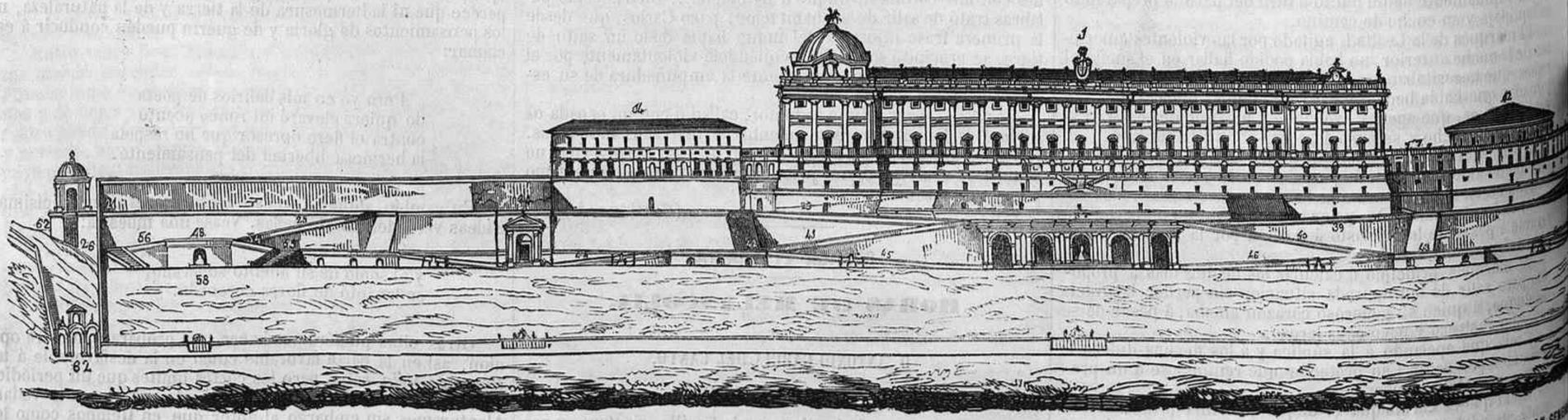
tando con respecto al de Madrid el grandioso pensamiento de su maestro y amigo, insistió Saquetti con grande ahinco en la construccion en otro terreno mas amplio y nivelado; pero la obstinacion del monarca venció naturalmente, y le obligaron á presentar un plan distinto y apropiado á las condiciones especiales del terreno en que habia de edificarse. Estas condiciones eran tan desfavorables á la construccion, que el arquitecto se vió obligado á ganar en profundidad lo que perdía en estension, y á construir un verdadero palacio subterráneo para servir de cimiento á otro elevado sobre una eminencia.



El retrato.

Realizólo sin embargo con la elegancia y atrevimiento que hoy admiramos en este bello edificio, cuya construccion, que tuvo principio con la colocacion de la primera piedra en 7 de abril de 1738, no llegó á ver terminada el monarca que la emprendió, ni tampoco su hijo y sucesor Fernando VI, y no hubo de estar habitable hasta 1.º de diciembre de 1774, en que al regreso del Escorial le ocupó Carlos III. Dos dias despues, y por una notable coincidencia, terminaba la vida del distinguido arquitecto Saquetti á impulsos de una larga enfermedad.

Todos los amantes de las artes y del buen gusto pueden apreciar hoy en este suntuoso palacio las altas cualidades artísticas de Saquetti, su genio audaz para vencer las mas graves dificultades, sus elevadas miras, y gusto especial de ejecucion. Todo esto ha sido tomado en cuenta y repetido muchas veces por los diferentes escritores y artistas que se han ocupado en la descripcion de este edificio, desde el erudito Don Antonio Ponz hasta el dia, y todos han rendido á Saquetti el tributo de elogios á que por su obra se hizo acreedor. Pero lo que ninguno ha dicho hasta ahora,—silencio verdaderamente imperdonable en Ponz, Llaguno, y Cean Bermudez,—es que el insigne Saquetti, obligado á construir el palacio en un terreno dado, y á vencer innumerables obstáculos, no solo lo llevó á cabo con superior inteligencia, sino que abarcando en su elevado pensamiento una estension considerable de espacio para dar desahogo y decorosas avenidas á la mora-



ALZADO DEL PLAN...  
 ESPLICACION DE LOS NÚMEROS. 1. Palacio Real.—2. Plaza principal del Mediodia.—3. Antepiazza con pórticos.—4. Nueva calle con pórticos en la línea diametral del Palacio consiguiente á las dos plazas que debajo.—8. Cuerpos que forma la antepiazza principal donde se pueden colocar la Armeria, Casa de Pages y otras oficinas.—9. Coliseo.—10. Iglesia nueva catedral, ó de Santa Maria.—11. Convento nuevo de San Gil.—58 inclusive. Otras terrazas, rampas y bajadas y jardines del parque.—60 y 61. Habitaciones y picadero público.—62. Bajada y puerta de San Vicente.—63 al 66. Puerta de la Vega y sus bajadas.—67 al 70. Nueva plaza...

da de nuestros reyes, y á fin de variar el aspecto y condiciones de una gran parte de Madrid, levantó un precioso plano de obras, que en su concepto debían ejecutarse á los cuatro frentes del Real Palacio en la considerable estension que merecía desde la puerta de San Vicente á las Vistillas de San Francisco, desde la calle del Arenal hasta el rio Manzanares. Este plano, que original se conserva en el archivo de la Real Casa, con la firma «JUAN BAPTISTA SAQUETTI ARQUITECTO á 12 DE MARZO DE 1752» y del que tenemos á la vista un exactísimo calçado, consta de dos partes, una de la planta de todo

de Requena frente á la plaza del Mediodía), el convento de San Gil, y una suntuosa catedral que ocuparía el sitio que hoy las casas que forman escuadra detrás de la parroquia de Santa María.

Por el lado del Mediodía continuaba las galerías desde ambos extremos de la fachada principal del Palacio hasta cerrar con otra en el terreno donde hoy está el edificio de la Armería, en los términos en que se continúan en la actualidad estas obras reales. Después de aquella plaza principal, y en dirección de la cuesta de la Vega, se ofrecía otra estendida anteplaza con pórticos, y formada por simétricos edificios, donde colocaba Saquetti la Armería, la casa de Pajes, la Regalada y otras oficinas, terminando frente de la calle Mayor en un medio punto que servía de ingreso á un ancho puente de comunicacion que por encima de la calle de Segovia había de desembocar en lo alto de las Vistillas.—Por la parte del Norte proyectaba Saquetti las bajadas y construcciones semejantes á las que luego se realizaron en el reinado de Carlos III; y los jardines de la parte occidental, ó sea el campo del Moro, y pocas ó mas en los términos que se han llevado á efecto en nuestros dias hasta dar frente al rio Manzanares que reducía á una inmensa cuenca en forma de estanque.

De todo aquel gigantesco proyecto se ha realizado una buena parte como queda espresado; los célebres arquitectos del reinado de Carlos III, respetando sin duda y estudiando el proyecto de Saquetti, que debía serles tan conocido, adoptaron y siguieron en cuanto les fué posible su pensamiento respecto á la parte septentrional del Real Palacio, ó sea la bajada á las Reales Caballerizas y puerta de San Vicente, llevando á efecto con excelente resultado esta parte de las obras reales una de las muchas con que enriqueció aquel ilustrado mo-

vento de san Gil, hoy cuartel de caballería, construido en aquel tiempo frente á dicha bajada, ó calle de Bailen.—Los numerosos derribos verificados durante la dominación francesa por el lado de Oriente, y que ya previó ó indicó Saquetti en su proyecto general, proporcionaron el espacio necesario para las nuevas construcciones, mas en armonía con la importancia y magnificencia de la régia morada, y los arquitectos de la Real Casa en el reinado de Fernando VII hubieran hecho bien en adoptar la idea de Saquetti, si es que la conocieron, en vez de consumir treinta ó mas años en formar, proponer, y aun



El retrato.



Carlos Lineo.



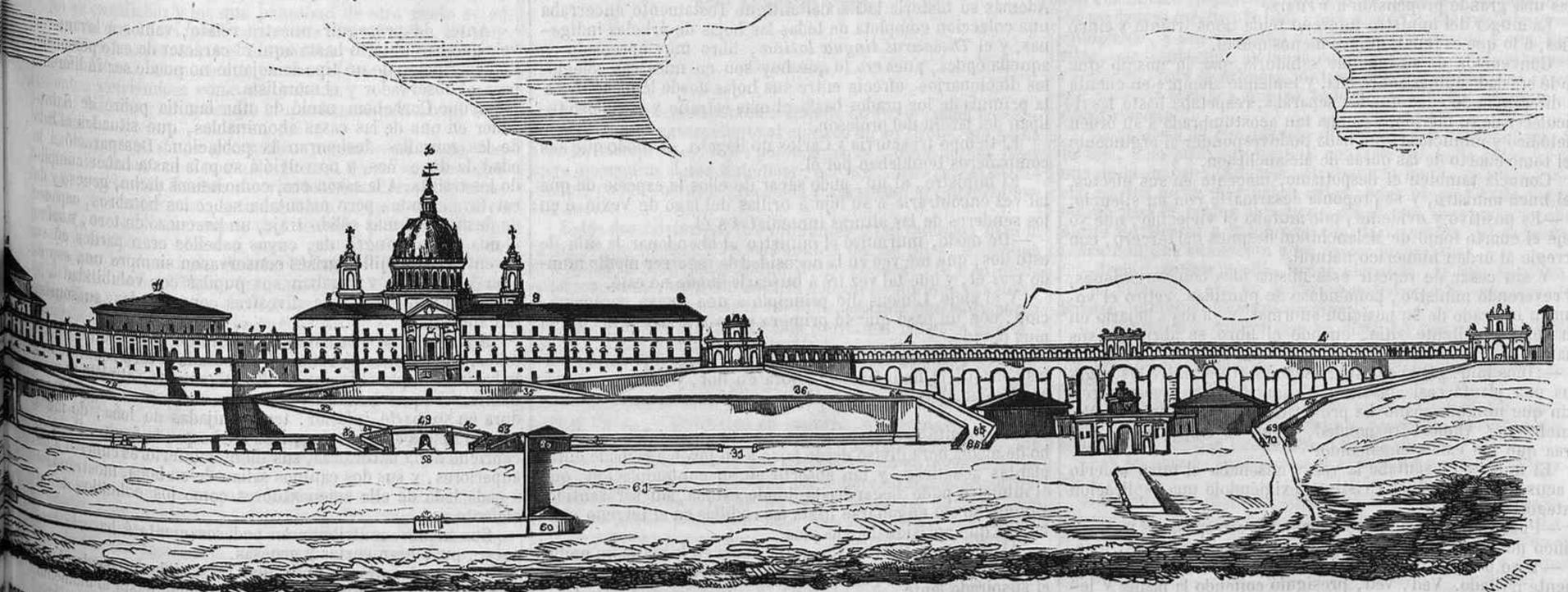
Carlos Lineo.

el perímetro, edificios, jardines y demás obras proyectadas, y la otra del alzado ó perspectiva exterior que había de ofrecer, después de realizado, del uno al otro extremo de la línea desde la bajada de San Vicente hasta lo alto de las Vistillas. De la primera nos ocuparemos solo en relacion para dar una sucinta idea á nuestros lectores; de la segunda nos atrevemos á ofrecerles una copia, aunque reducida á menor escala, la primera que ha visto la luz pública, y que al cabo de un siglo entero reclama hoy para la memoria de Saquetti la simpatía y la admiración de todos los amantes de este pueblo.

Todo el mundo sabe que el antiguo y el nuevo Palacio de Madrid se hallaban como ahogados hácia su parte oriental por una porción de casas mezquinas, conventos y jardines que formaban varias manzanas, y que llegaban casi hasta las puertas mismas de la régia morada. Estos inmensos obstáculos que no debían dejar de existir hasta casi un siglo después, y solo por la omnimoda voluntad de José Napoleon, colocado fortuitamente en el sòlio español, desaparecieron mentalmente en la magnífica y elevada concepción de Saquetti, dando lugar en el inmenso espacio que imaginaba, y hoy forma la magnífica plaza de Oriente, á otras dos cuadradas con elegantes pórticos, y formadas con bellas casas de oficios para la real servidumbre. Por el lado de la izquierda de estas plazas, y en dirección á la calle Mayor, formaba Saquetti nuevas calles y manzanas, colocando en ellas la Biblioteca Real, el teatro (que venía á resultar hácia donde hoy arranca la calle

narca á la capital de la monarquía.—En el largo reinado de su hijo y sucesor D. Carlos IV nada absolutamente adelantaron las obras del Real Palacio, y sus inmediaciones continuaron en el estado de abandono y de miseria en que aun las han conocido nuestros padres, si se exceptua el estendido con-

comenzar obras costosas, inútiles ó mal apropiadas, que afortunadamente no llevaron á término, dando lugar á que en nuestros dias, y gracias á la munificencia de S. M. la reina doña Isabel II y al mayor gusto y adelantos de la época, se haya transformado aquel estendido recinto en magníficos jardines y paseos decorados convenientemente, con un bello y espléndido caserío, que constituye el distrito mas brillante de Madrid.—Merced á la misma augusta munificencia é ilustracion, ha recibido tambien igual transformacion la parte occidental del Real Palacio en el espacio que media entre el mismo y el rio Manzanares, convirtiéndose á nuestra vista en pocos años aquellos antiguos derrumbaderos y barrancos en espléndidos jardines y cómodas bajadas y paseos; todo en los mismos términos que lo ideó Saquetti, cuyos planos estraídos del polvo secular, han debido sin duda tenerse muy presentes en la ejecucion de estas obras y en las emprendidas á la parte principal del Real Palacio que mira al Mediodía, en las cuales se sigue evidentemente aquel plano con la prolongacion de ambas galerías ó pórticos hasta el sitio que ocupa el edificio de la Armería, que ha de sustituirse con una elegante verja de entrada; obra magnífica que honra no solamente á la augusta persona que la costea, y á la ilustrada administracion de su Real Casa, sino tambien y muy especialmente al distinguido arquitecto de la misma, señor Colomer, que adoptando francamente el excelente pensamiento de Saquetti sabe llevarlo á cabo con religiosidad y acierto.



PROYECTO POR SAQUETTI. —13. Biblioteca, fundada sobre un puente que atraviesa la calle de Segovia dejando libre su tránsito.—5 y 6. Plaza y anteplaza á la parte de Oriente con pórticos.—7. Galerías que salen de Palacio hácia el Mediodía con cuarteles.—14. Archivo y oficinas.—15, 16, 17, 18 y 19. Convento de la Encarnacion, Botica, Cocheras y Caballerizas Reales.—20 y 21. Picadero y Jardin alto.—22 al 36 inclusive. Terrazas y bajadas.—37 al 40. Plaza de San Francisco.

Pero allí donde concluyen ó deben concluir las obras reales costeadas por el patrimonio de S. M. y empiezan ó deben empezar las de la villa de Madrid para poner en relacion las calles y distritos contiguos con el Real Palacio y demás de la capital, es donde se observa ó ha observado hasta el día tal indiferencia y abandono, que el mismo Saquetti, si resucitara hoy despues de cien años, hallaria las calles que median entre el final de la Mayor y las Vistillas de San Francisco en el propio estado primitivo en que las dejó, y esperando en vano sus proyectadas avenidas, plazas, puente de comunicacion, su catedral, sus puertas y demás elegantes construcciones. Unicamente se ha adelantado algo para todo ello en la parte exterior con la obra del desmonte, rampas y paseos de la Cuesta de la Vega, en cuya propuesta y adopcion tuvimos no poca parte en la corporacion municipal, como pertenecientes á ella, por los años 46 al 50. Igualmente se adoptó por la misma y á nuestra propia indicacion un sistema de obras interiores análogo al propuesto por Saquetti, aunque mucho menos grandioso, atendida la escasez de recursos de la villa, entre la plaza de la Armería Real y el barrio de la Morería.

Cuando presentamos al ayuntamiento y al público aquella indicacion, tuvimos muy á la vista, y así lo espresamos, el grandioso proyecto del arquitecto de Felipe V, del que nadie se acordaba ya; pero creimos conveniente deber modificarle en el sentido económico posible, y acaso mas útil en la actualidad, estableciendo el puente entre el pretil de los Consejos y la plazoleta de los Caños al ingreso de la Morería, por ser mas corto el trayecto y entre sitios mas centrales que entre la citada cuesta de la Vega y el alto de las Vistillas como lo propuso Saquetti, con muchísima mas magnificencia y coste; sobre todo lo cual consignamos un artículo especial y detallado en el número 25 de LA ILUSTRACION correspondiente al sábado 24 de junio de 1854. Mas hoy que parece abandonada por demasiado mezquina nuestra modesta idea, y se despierta con nuevo favor hasta en la alta esfera del gobierno la suntuosa y brillante de D. Juan Bautista Saquetti, nos apresuramos á darla á conocer al público, trasladando á las columnas de esta publicacion una copia de aquel pensamiento que ilustra la memoria de tan distinguido arquitecto.

R. DE MESONERO ROMANOS.

## CARLOS LINEO.

### I.

EL MINISTRO DE ROESHULT.

—¿Qué significa esto, señora Cristina? ¿Quién ha osado tocar con sus manos profanas mis libros santos?

—Nadie, amigo mio, respondió con dulzura y respeto una muger que estaba sentada al otro extremo del aposento en una silla de madera tosca, y que se entretenia en componer la ropa de un niño.

—¡Nadie! repitió con viveza el primer interlocutor. Eso es muy fácil de decir, señora Cristina. ¡Nadie! Y yo os aseguro que han andado aquí, en el cuarto tomo de las obras de Melanchthon, supuesto que lo encuentro colocado antes del tercero.

El personaje á quien afectaba una cosa tan insignificante é insistia tanto en ella, era el ministro luterano del pueblito sueco de Roeshult, en la provincia de Småland, próximo á las orillas del Báltico. Una especie de hopalanda parda, sujeta por una botonadura, le cubria de alto abajo, disimulando su vientre, que descansaba en unas piernas cortas, y le hacia asemejarse á esos juguetes que los niños arrojan de un lado á otro sobre una mesa ó en el suelo, y siempre acaban por quedar derechos. El resto de su persona confirmaba perfectamente esta comparacion, pues tambien sus brazos eran cortos, y únicamente su rostro, espuesto al contacto del aire, aparecía iluminado de diversos colores.

Coloradote, rechoncho y astuto, ó creyendo serlo, el ministro luterano de Roeshult debía á las modestas dimensiones de sus piernas una ligereza peculiar á las personas precisadas á dar tres pasos, mientas las demás solo dan dos; á su posicion social una satisfaccion de sí mismo que se hallaba en armonia con su persona; y á la costumbre de las controversias una grande propension á irritarse.

La muger del ministro luterano tenia unos treinta y cinco años, ó lo que es igual, quince menos que él.

Convencida de su infalible sabiduría, por lo mismo que no le era dado opinar sobre ella, y teniendo siempre en cuenta la diferencia de edad que los separaba, respetaba hasta las ridiculeces de su marido, y estaba tan acostumbrada á su orden metódico y minucioso, que nada pudo responder al argumento del tomo cuarto de las obras de Melanchthon.

Conocía tambien el despotismo, inocente en sus efectos, del buen ministro, y se proponia desarmarlo con su silencio.

—Es positivo y evidente, murmuraba el viejecillo, que yo dejé el cuarto tomo de Melanchthon despues del tercero, con arreglo al orden numérico natural.

Y sin cesar de repetir esta misma idea con variaciones, el reverendo ministro, poniéndose de puntillas, retiró el volumen indicado de su posicion anormal, y ya iba á dejarlo en su correspondiente sitio, cuando el libro se abrió en sus manos.

—¡Dios mio! ¿Qué es esto? exclamó al ver entre las páginas una planta casi aplastada. Señora Cristina, ¿sostendría aun que ninguna mano ha profanado el cuarto tomo de Melanchthon? Vamos, responded, si no os empeñais en que crea que me estais engañando.

El ministro levantaba la voz y enseñaba el tomo abierto y acusador á la señora Cristina, exigiéndole una explicacion categórica.

—Pues bien, respondió sencillamente su esposa, es un magnífico nenufar, que vuestro hijo Carlos ha querido estrujar.

—Y yo os digo que esto es basura, replicó el viejo sumamente irritado. Ved, ved, prosiguió cojiendo la planta y levantando la mano; examinad vuestro magnífico nenufar.

Si hemos de decir la verdad, aquella desdichada flor, cuyos puros, como los de todas las plantas acuáticas, estaban llenos de agua, se había marchitado tan pronto por la pre-

sion del volumen, que era muy poco agradable á la vista, al paso que su olor acre y concentrado tampoco halagaba mucho el olfato.

—¿Y qué queria hacer con eso vuestro perezoso hijo?

—Un herbario, contestó la pobre madre.

—¡Un herbario, señora! ¡Un herbario! gritó el ministro temblando de cólera. ¿Con que es un miserable ese hijo malvado? ¡Convertir en herbario una edicion de Leipsick, y nada menos que el tomo cuarto de Melanchthon, el que contiene la *Vita Martini Lutheri, breviter exposita*!... Esto es inconcebible. ¡Ah! Vuestro hijo quiere arruinarnos.

—¿Cómo, amigo mio!... Es que...

—Si señora, arruinarnos; y si no, mirad este tomo: está horriblemente mojado, y mañana presentarán sus páginas el verde y el amarillo de ese desgraciado nenufar. ¿Dónde está mi lente? Quiero examinar el daño.

Y colocando el libro sobre la mesa, estendió el ministro la mano, pues contaba con hallar su lente en el sitio acostumbrado, esto es, entre las páginas de la *Biblia*.

—¡Qué contratiempo! Tampoco el lente estaba allí.

Exasperado el ministro, atravesó la estancia con precipitados pasos, agarró á su muger por el brazo, y sacudiéndolo violentamente gritó en distintos tonos.

—¡Mi lente! ¡Mi lente! ¡Mi lente!

—Pero si ignora... tal vez Carlos... dijo vacilando y asustada la señora Cristina.

—¿Cómo es eso! ¿Lo ignorais!... ¡Mi lente! Yo quiero mi lente.

—Pues bien, Carlos lo ha cojido para examinar el nenufar, y se le habrá olvidado dejarlo donde estaba.

—¿Con que vuestro hijo, señora Cristina, es una serpiente? Sí, una serpiente que abrigo en mi seno, y que me hará morir de consuncion. Ni Cain ni Absalon fueron tan malos como él, ni como él merecieron las maldiciones del cielo.

—Amigo mio... se aventuró á murmurar la triste madre.

—Eso es, defended á ese mastin, cuyos progresos en el mal son espantosos. Hace cinco años que estudia el latin y no sabe casi nada: en cuanto á los nombres de las flores, ya es otra cosa; todos los retiene en la memoria, como si no hubiera mas que flores en el mundo.

—Pero, amigo mio, repuso al fin la señora Cristina, que aunque respetaba á su marido, simpatizaba entrañablemente con la ternura de su hijo, os aseguro que raciocina muy bien.

—Creo que no tratáis de anteponer vuestra opinion á la de vuestro marido, el reverendo Linæus (Lineo). En aquella época se usaba latinizar los nombres.

La señora Cristina inclinó la frente, y el reverendo Linæus prosiguió así:

—Sin mi lente no puedo preparar el sermón para el domingo. El monstruo ha llevado mi lente á Vexio, á su escuela, y ahora tendré que caminar dos leguas para ir á buscarlo y otras dos para volver. ¡Qué asesino! Cuatro leguas á mi edad!

Al pronunciar estas palabras alzó los ojos al cielo; despues empuñó el baston, y salió diciendo que descansaria en casa del maestro de Vexio, y que no volveria hasta el día siguiente.

### II.

Cuando el viejo Linæus ó Lineo se puso en marcha desde Roeshult, ya le llevaba su hijo Carlos dos horas de ventaja.

El jóven corria y saltaba como un cervatillo; el padre caminaba con la calma propia de su dignidad y acomodada á sus años.

Grande fué su sorpresa cuando, al llegar á Vexio, al entrar en la sala de estudios y al dirigirse á la clase de Carlos, le buscaron inútilmente sus ojos entre los demás alumnos.

Allí, como suele acontecer muchas veces, la tortuga había llegado antes que la liebre.

En vano multiplicó sus preguntas: Carlos no se había presentado en su clase.

—Muy bien, murmuró el ministro reconcentrando su cólera: pero ¿qué habrá hecho de mi lente?

Y para ocupar el tiempo, y con el deseo de ver si su hijo había cometido otras faltas, el irritado Lineo empezó á examinar los libros del jóven escolar.

Una hora empleó en esta tarea, llevada á cabo con un escrupulo y severidad inquisitoriales; pero no tranquilizó su conciencia, porque todas las páginas de los libros de Carlos estaban llenas de dibujos de flores, de plantas y de árboles. Además su historia latina del antiguo Testamento encerraba una coleccion completa de todas las hojas de árboles indígenas, y el *Thesaurus lingue latinæ*, libro muy apreciado en aquella época, pues era lo que hoy son en nuestros colegios los diccionarios, ofrecía entre sus hojas desde la mas modesta primula de los prados hasta el mas extraño y orgulloso tulipan del jardin del profesor.

El tiempo trascurria y Carlos no llegaba, de modo que sus compañeros temblaban por él.

El ministro, al fin, pudo sacar de ellos la especie de que tal vez encontraría á su hijo á orillas del lago de Vexio ó en los senderos de las alturas inmediatas á él.

—De modo, murmuró el ministro al abandonar la sala de estudios, que me veo en la necesidad de recorrer medio mundo tras él, y que tal vez irá á buscarle donde no esté.

Y el viejo Linæus dió principio á una nueva peregrinacion, con un paso que su primera caminata había hecho ya muy pesado.

—Acerquémonos primero á la orilla del lago, dijo entre dientes, porque el nenufar está ahora en flor, y ese pícaro procura cojer algunos para enriquecer mi tomo cuarto de Melanchthon.

Felizmente para sus piernas, acertó en su juicio, y al cabo de media hora divisó desde lejos á un jóven agachado entre plantas acuáticas, y tan absorto en su contemplacion, que el ministro pudo llegar hasta donde estaba sin ser sentido, aunque no sin engolfarse hasta las rodillas en el terreno pantanoso que aprisionaba sus pies.

Al acercarse vió á su hijo, que tenia en la mano un nenufar blanco: entre los ojos del jóven y el nenufar se interponia el suspirado lente.

El primer movimiento de Linæus fué adelantar rápidamente la mano y apoderarse del lente; en seguida lo volvió y revolvió, lo limpió con el pañuelo, hasta cerciorarse de que el cristal no estaba rayado; por último lo cerró y lo guardó en

el bolsillo de sus calzones. Tranquilizado ya respecto á este particular, empezó á averiguar los motivos de la excursion de su hijo.

Sorprendido Carlos, no pudo negar que se había retardado seis horas en presentarse en la clase, de modo que siguió silenciosamente á su padre al estudio, donde le esperaba la severa reprimenda del profesor.

El pobre botánico, cuya vocacion se manifestaba con tanta evidencia, se vió confundido, acusado de perezoso y vago, y mereció un riguroso castigo, además de sufrir fuertes amonestaciones, tanto por el uso que hacia de sus libros como por su escapatoria: no fué esto solo, pues tuvo el dolor de ver destrozada y dispersa su rica coleccion de flores y plantas.

Esta última parte del castigo fué una insigne torpeza, pues hubiera sido mejor dejar al jóven su coleccion ya formada. Quitársela era lo mismo que inspirarle el vehemente deseo de reunir otra.

Y esto fué lo que hizo.

Las horas de recreo eran libres en Suecia entonces, como todavia lo son en Inglaterra; es decir, que durante el descanso, los alumnos pueden recorrer todos los alrededores de la pension ó instituto, siempre que vuelvan á él en el momento de abrirse las clases.

Sucedió muchas veces que Carlos, olvidando la hora y arrastrado por su pasion favorita, no volvia á la sala de estudios hasta la noche, con gran escándalo de sus condiscipulos y notable descontento del profesor.

Esta infraccion á la regla se repitió tanto, que el ministro de Roeshult lo supo al fin, é irritado este de lo que llamaba indigna conducta y libertinaje de Carlos, llegó un día á Vexio, y despues de declarar en presencia de todos los alumnos que renunciaba al gusto de hacerle continuar sus estudios, dejó los libros de su hijo al profesor y llevó á aquel á Roeshult.

(Se continuará.)

## MAGDALENA.

(Continuacion.)

—Ya es tarde, dijo uno de ellos.

—En efecto, compadre.

Y todos se retiraron dirigiendo á la ciega anciana varias frases de consuelo, que pueden recapitularse así:

—Todos somos mortales, abuela.

—¿Qué quereis? Allá hemos de ir unos tras otros.

—El sepulcro es nuestra última cama.

—A todos nos ha de llegar la vez.

—¡Hé ahí lo que somos!

Por fin se cerró la puerta.

—¡Ah Maés! exclamó Magdalena estrechando las manos del jóven: ¡qué desgraciada soy!

—Comprendo vuestro dolor, amiga mia.

—Vamos, Magdalena, dijo la abuela: no debemos recibir mal á nuestros amigos porque ha muerto tu buen padre. Manda preparar el cuarto de Mr. de Croi.

—Os doy las gracias, contestó este; pero pasará la noche en la fonda. Adios, abuela, ya sé que no hay consuelo para ciertos dolores.

—Dios me lo dió, y Dios me lo ha llevado; murmuró la vieja Magdalena acompañó á Maés hasta la puerta.

—Necesito consultaros sobre muchas cosas, le dijo: sois tan bueno para mí...

—Si puedo ayudaros y servirlos, le respondió el jóven, id mañana á la noche á la plaza: nos sentaremos en una piedra de las ruinas, y me referireis vuestras penas.

—Iré sin falta.

—¡Ja, ja! exclamaron detras de la puerta: yo tambien iré.

Magdalena y Maés se estremecieron, pero no llegaron á oír claramente las anteriores palabras, y creyeron que eran efecto de los murmullos del viento entre las ruinas. Despidiéronse pues deseando una noche tranquila.

### III.

Bruno Corbehem.

Antes de proseguir nuestro relato, vamos á levantar el velo que ha cubierto hasta aquí el carácter de este personaje. La descripcion de un tipo semejante no puede ser indiferente para el observador y el moralista.

Bruno Corbehem nació de una familia pobre de Saint-Omer en una de las casas abominables, que situadas al lado de las murallas deshonran la poblacion. Desapareció á la edad de doce años, y no volvió á su país hasta haber cumplido los treinta. A la sazón era, como hemos dicho, grueso y de estatura comun; pero ostentaba sobre los hombros, capaces de desgarrar el mas sólido traje, un pescuezo de toro, y sobre él una cabeza sangrienta, cuyos cabellos eran pardos en su juventud: sus ojos grises conservaron siempre una espresion de dulzura, y jugaban sus pupilas con volubilidad á la sombra de unas pestañas silvestres como cardos: su sonrisa era siniestra.

A pesar de su aparente mansedumbre no tardó en ser temido, y si muchos se reian de su pesado y torpe continente, lo hacian sin que él lo notase. Efectivamente, el plácido semblante de aquel hombre presentaba una espresion amenazadora en su parte inferior: tenia quijadas de loba, de modo que su rostro era por abajo mas ancho que la frente. Por otro capricho de la naturaleza, sus dientes inferiores cubrian á los superiores, y sus dos caninos salian de su boca, mostrándose á cada lado de ella amenazadores como los colmillos de un elefante.

Sus manos contribuyeron poderosamente á hacerle respetar, pues eran cortas y gruesas.

Durante los veinte años que trascurrieron desde el día en que Bruno Corbehem llegó á Saint-Omer hasta el momento en que empieza nuestra historia, siempre se vistió del mismo modo. En invierno y en verano llevaba frac negro, limpio, pero usado, que parecia no haberse hecho para su cuerpo: sus hombros no se acomodaban en él, y caminaba siempre

con los brazos muy separados, por temor sin duda de que se desdiesen las costuras. Esto le daba una postura embarazosa, y sus movimientos eran lentos y ordinarios. Envolvía su pescozo apoplético en una corbata blanca que cubría a una almohadilla de ballenas, y esto le obligaba a estar siempre con la cabeza derecha: camisa de menudos pliegos, chaleco blanco y pantalón del mismo color completaban su equipo de verano; pero mudaba estas tres últimas prendas el domingo, y lo particular era que las conservaba limpias hasta la noche del sábado a pesar de siete días de servicio.

En invierno usaba pantalón de paño azul y chaleco de casimir negro: la corbata no sufría alteración.

Bruno se había aferrado á las trabillas y las llevaba siempre muy largas, para sujetar por abajo sus pantalones que eran muy cortos. Unas botas enormes, con suelas de media pulgada de grueso, cubrían sus anchos y disformes piés. Con semejante calzado forrado de clavos y de herraduras en los tacones, un muerto hubiera podido permanecer en pié; y cuando se oía resonar aquel arsenal por las calles, todos conocían al que pasaba.

Cuando llegó á su ciudad natal despues de diez y ocho años de ausencia, lo primero que ocurrió á Bruno Corbehem fué comprar una casa. Su elección se fijó en un antiguo convento, convertido despues en cuartel, y que servía provisionalmente de almacén de forrages. Aquel inmenso edificio estaba pegado á las murallas y tenía dos vastos jardines muy productivos: compró pues tan magnífica propiedad por ochenta mil francos, esto es, casi de balde.

¿Y cómo Bruno Corbehem, que había salido sin un sueldo de Saint-Omer, se había proporcionado ochenta mil francos? Nadie puede decirlo; pero lo cierto fué que pagó la casa al contado en billetes del banco de Francia.

Algunos pretendieron que al comprar dicho edificio se había metido Bruno en una especulación poco ventajosa; pero estos no conocían á nuestro hombre, y antes de que terminase el año se convencieron de que había colocado su dinero á mas de un cinco por ciento.

Ignoraban que solo habían descubierto la mitad de la verdad.

Hé aquí cómo se condujo. En la ciudad faltaban almacenes para la guarnición que se aumentaba en aquella época, y Bruno alquiló á buen precio los vastos salones del piso bajo, utilizando asimismo sus inmensos graneros, que cedió con grandes ventajas á los especuladores.

En cuanto al piso principal compartido en varios aposentos, sacó de él otro partido y estableció en aquel laboratorio de oro un terrible y vergonzoso tráfico, pero que no tardó en llenarle de infamia.

Bruno solo se reservó tres cuartos que amuebló con chismes de pino y de nogal: el primero le sirvió de dormitorio, el segundo de cocina y comedor, y en el tercero acomodó á una criada vieja.

No se detuvo aquí, pues su ingenio le sugirió otra especulación. Dió bailes los domingos y los lunes. Se pagaban veinticinco céntimos de entrada, y se adquiría el derecho de beber gratis una botella de cerveza. El mismo Bruno fabricaba esta bebida, que era amarga y detestable. El baile, muy frecuentado por la tropa, le proporcionaba unos veinticinco francos cada noche, ó dos mil seiscientos al año sin contar las fiestas.

La explotación de los dos jardines no le fué menos ventajosa, pues vendía las mejores frutas y legumbres en el mercado, las medianas á sus inquilinos, y dejaba las peores para su consumo. Pronto poseyó una vaca y gallinas: compró trigo, lo dió á moler, hizo el pan en casa, y consiguió sostenerse en compañía de la criada por menos de veinte sueldos diarios.

Era además público y notorio que Bruno prestaba dinero á réditos con una usura exorbitante.

Por lo demás se necesitaba una cabeza tan bien organizada como la suya para resistir una vida tan afanosa. En efecto, á pesar de que casi se alimentaba exclusivamente de leche, legumbres y ensaladas, cada vez parecía mas robusto. La indignación general le acusó, sus parientes le dirigieron algunas chanzonetas picantes, y el mismo Noel Wamberg le trató como los demás. ¿Pero qué efecto habían producido las inectivas en su corazón de hierro? Demasiado conocía que su rehabilitación en el espíritu público dependía de su fortuna.

No se engañaba; y los que pensaban de otro modo se admiraron de que antes que fracasarse el tercer año, se apresurasen los banqueros, los escribanos y los mercaderes á saludar á Bruno, siempre que pasaba delante de sus establecimientos sonriéndose como un imbécil.

Noel Wamberg comprendió lo que esto significaba, y no se burló de él.

Los sargentos de la guarnición persistieron en su costumbre de divertirse á costa de Bruno. Cierta noche entraron en su casa con hachas de viento encendidas y le armaron una gresca infernal: acto continuo se apoderaron de su persona, le tendieron sobre una manta, y entonando una canción báquica le hicieron pasar por el mismo juego del manteo que había sufrido Sancho Panza.

Bruno se dejó mantear, pero sus ojos brillaron de un modo extraño, y enseñó los colmillos de una manera diferente á la que en él se notaba cuando se sonreía.

Cuando los manteadores saltaron en el aire las cuatro puntas de la manta, nuestro hombre dió con su cuerpo en el suelo. Pero se levantó de un salto como el tigre, apagó las luces, y durante diez minutos solo se oyeron en la sala gritos de rabia y de dolor.

Al día siguiente se observó que ocho sargentos de la guarnición tenían los ojos negros como carbones, y dos amarradas las quijadas derechas.

Desde entonces nadie quiso habérselas con Bruno ni aun en broma. Este incidente produjo cierto desarreglo en su vida normal: aunque en la refriega no padeció mucho, su traje salió de ella tan destrozado, que era imposible conocerlo: por consiguiente dió sebo á sus botas, acomodó en un talego seis libras de pan y un pedazo de queso, metió en el bolsillo una botellita con aguardiente, empuñó un palo nudoso, y marchó á París. El primer día caminó doce leguas; el segundo al anochecer llegó á las barreras, y el tercero se fué al Temple donde compró nuevo equipaje. Al cuarto día volvió á emprender la marcha, y al quinto entró en Saint-

Omer. Su viaje, contando una entrada de paraíso del teatro, pues no quiso dejar la capital sin asistir á una representación, le había costado diez y nueve sueldos; pero su traje le salió por la mitad menos de lo que le hubiera costado en provincia.

Pasó delante del cuartel con botas tan lustrosas y guantes de búfalo tan limpios como de costumbre; la mirada que dirigió á varios sargentos era benévola; pero ellos no se atrevieron á insultarle con el menor sarcasmo.

Bruno, por consiguiente, había conseguido dos ventajas muy importantes en el hecho de tapar las bocas á los burlones y obligar á las personas acaudaladas á que le saludasen.

Desde entonces prosiguió sin obstáculo su infernal existencia. Se le vió figurar en todas las ventas, observándolo todo en silencio, porque por un pudor bastante común en los usureros, ocultaba con empeño el aumento de su fortuna.

Así vivió diez años sin disfrutar mas placeres que el teatro y los conciertos cuando llegaban artistas á Saint-Omer. Cosa extraña é increíble parece que aquel hombre fuese aficionado á la música. ¿Qué estudio tan profundo hubiera ofrecido á Gall y á Lavater!

Hacia la época en que empieza esta historia pensó en casarse Bruno Corbehem. Tenía ya cincuenta años; dió principio por cerrar su baile hebdomadario; limpió la casa, aumentó la vivienda con una sala y un comedor, adquirió varios muebles, puso cortinas en las ventanas, renovó su sombrero, que contaba ya diez años de vida, compró paño negro con el cual se hizo él mismo un frac, y confesó por último que poseía algunas *filas de escudos*.

Poseía en efecto:  
Una fábrica de destilar en Longuenerse.  
Una cervecería muy productiva en Norrent Fontes.  
Riquisísimos pastos en Lumbres.  
Las mejores tierras de labor de Lillers.  
Una hacienda en Therouase.  
Un tejear en Ard.

Cuatro casas además de la que ocupaba.  
Negociaba tambien en compañía de los dos banqueros mas fuertes de la ciudad. Su capital podía computarse en dos millones de francos: suma enorme en un hombre que gozaba perfecta salud y á quien devoraba una ambición sin límites.

Había empezado á trabajar á los treinta años con 80,000 francos. ¿Cómo los había ganado? ¿Cuál fué su anterior existencia? Esto es lo que no pudo descubrir la inquisitorial curiosidad de una ciudad de provincia. Se llegó á sospechar vagamente que había sido soldado, pues su cuerpo estaba acribillado de heridas, y todas las noches se dormía leyendo relaciones de batallas. Un capitán veterano que pasó por Saint-Omer pretendió que le conocía y que se había batido con mucho valor en España, habiendo quedado tres veces por muerto en los campos de batalla: esta version adquirió algun crédito, pero no esplicó la historia de los 80,000 francos.

Se tuvo una prueba del vigor de Bruno cierto día en que un carruaje le derribó en tierra, y pasó sobre su cuerpo: rechazó á los que quisieron auxiliarle, se fué á su casa dejando por la calle un rastro de sangre, se metió en cama y prohibió á su criada que llamase al médico, asegurando que no pagaría la visita. Dos días despues salió de la cama lleno de contusiones y de cicatrices, pero sano y salvo: había bebido por único remedio un jarro de agua fresca, y la sangre coagulada había hecho el oficio de emplastro.

Bruno Corbehem negaba la eficacia de la medicina y se reía de los hombres políticos, asegurando que toda la ciencia de gobernar estribaba en el dinero. Nunca hablaba de religion, pero se conocía que el monstruo no tenía creencias. Varias señales vergonzosas esparcidas por su rostro revelaban sus malas costumbres.

Cuando trató de casarse no se propuso por objeto elegir una compañera, sino cerrar un negocio comercial. Procuró pues informarse, y en ocho días se puso al corriente de la fortuna de las principales herederas de la ciudad. Magdalena Wamberg era la mas rica, y además la única tal vez á cuya mano podía aspirar: por otra parte Noël Wamberg admiraba las facultades de Bruno.

(Continuará.)

## EL RETRATO.

(Conclusion.)

Otra existencia esperaba á Batilde en París, pues la condesa, dedicada enteramente al cuidado de su padre, no podía atender siempre á su hija: por una parte, una dolorosa vejez cuya amargura debía dulcificar; por otra, una juventud radiante, cuyos instintos graciosos y animados era preciso satisfacer.

Estas dos existencias tan diferentes y tan queridas para la mejor de las madres y la mas sumisa de las hijas, ocupaban con igualdad la tierna solicitud de la condesa. Sí, se decía continuamente, necesito casarla con un hombre que la ame y la haga feliz; pero tambien es indispensable que elija por sí misma, y solo le hablaré de mis proyectos despues que observe la impresion que el vizconde haga en ella.

Pocos días despues de la llegada del marqués y de su familia á París, anunciaron al vizconde Gaston de Merlieux. Batilde estaba leyendo en voz alta una oda de Lamartine; dejó caer el libro, y sintió que su corazón se conmovía. El vizconde no era ya el mismo que cuatro años antes había servido de modelo para el retrato que vió Batilde en su dormitorio de la quinta; dos años de servicio en el ejército le habían formado, su tez se había oscurecido en el territorio africano, sus facciones habían adquirido una espresion franca y al mismo tiempo severa; y cuando saludó á la condesa y al marqués, Batilde le dirigió una furtiva mirada y se dijo: tiene mas edad que su retrato.

—Aquí teneis, vizconde, le dijo el marqués, á nuestra querida Batilde, que ha pasado un mes con nosotros á orillas del pequeño Loira.

El vizconde saludó con respeto á la señorita de Merval. —Sí, prosiguió el marqués, esta niña ha permanecido en el campo entre la nieve, y no se ha fastidiado.

—Fastidiarme yo á vuestro lado y junto á mi madre! dijo Batilde; eso sería imposible.

—En fin, repuso la condesa, mañana, para que se distraiga un poco, la llevaré al baile de la duquesa de Luynes.

—Tambien estoy convidado á él, contestó el vizconde.

—Pues bien, observó el marqués, acompañareis á estas señoras.

—Será para mí la mayor satisfaccion, dijo aquel, si la señora condesa me lo permite.

—Sí por cierto, respondió la condesa: mi padre quiere que su nieta se presente mañana por primera vez en sociedad, y ya sabemos que un baile es asunto de gran importancia para una jóven. ¿No es cierto, Batilde, que estás contenta?

Batilde pronunció un sí tan bajo y tan gracioso, que el vizconde no pudo menos de sonreirse al oírlo, y sin pensarlo se encontraron sus ojos con los de la señorita de Merval. Entonces observó Batilde que el vizconde se parecía mucho mas á su retrato.

Se habló de la guerra, y Batilde escuchaba al vizconde, y aun le miraba muchas veces, sobre todo cuando pintaba los peligros que se arrostran en un campo de batalla. Llegó á describir con tal calor un ataque contra los beduinos, que Batilde exclamó:

—¿Quedásteis herido, señor vizconde?

—Mil gracias, señorita, contestó este; por desgracia no, supuesto que os hubiérais interesado por mí.

—Batilde bajó la vista, y la condesa y su padre cambiaron una mirada de inteligencia. Separáronse á las diez, hora en que el marqués se acostaba todos los días, y el vizconde se comprometió á volver el siguiente para acompañar á la condesa y á su hija al baile de la duquesa de Luynes.

A las diez en punto anunciaron al vizconde, y fué recibido por el marqués, pues las señoras no habían bajado todavía al gabinete.

—Ya veis, vizconde, dijo el anciano, que no he querido meterme en la cama, por tener el gusto de ver á mi nieta con su primer traje de baile: por lo demás, ya sé que estará muy sencilla, pues la condesa no es aficionada á la profusion en los adornos.

—Le basta su hermosura, replicó con viveza el vizconde. —En efecto, es muy linda mi nieta, ¿eh?

—¿Ah señor marqués! es un ángel con las facciones de una de las tres gracias.

—¿Qué es eso que traéis ahí, vizconde?

—Ayer me dijisteis que hoy era el cumpleaños de Batilde, y tanto por esta circunstancia como por la amistad que une á nuestras familias hace ya mas de cuarenta años...

—Sí, sí, os permito que ofrezcáis á mi nieta ese bellissimo ramillete. Vamos, me parece que ya vienen.

En efecto, la condesa se presentó con su hija en el gabinete.

La primera llevaba vestido de terciopelo negro y en la cabeza un adorno de encajes de Inglaterra con preciosas caídas de diamantes; Batilde un traje blanco de gro de Nápoles y sobre él una túnica de crespon del mismo color; sus hombros y pecho aparecían descubiertos, pero con modestia, y á su peinado ordinario había añadido una rosa natural, prendida con coquetería. El vizconde la presentó su ramillete tocando con sus labios el guante que cubría la mano de la jóven, y observó que su regalo correspondía perfectamente al traje de esta, pues consistía en una rosa magnífica rodeada de camelias blancas.

El corazón de Batilde palpitaba de contento. Su madre la había vestido y contemplado muchas veces con ternura; su abuelo había querido abrazarla antes de que fuese á divertirse, y un amigo de la familia la ofrecía su primer ramillete de baile. Esperimentaba por lo mismo una sensación tan grande que creía soñar, particularmente cuando miraba al vizconde, en quien hallaba cada vez mayor semejanza con su retrato.

Partieron, y no tardó en rodar el carruaje por un ancho vestibulo flanqueado de flores que conducía al salón del baile. Oíanse ya los acentuados ecos de una brillante orquesta. Batilde, al apearse se había cogido al brazo de su madre, y el vizconde seguía á ambas. Sus nombres, repetidos por los salones, llegaron hasta la duquesa, que se adelantó á recibir á la condesa y á su hija con una deferencia afectuosa.

La condesa fué acogida por todos sus conocimientos con esa amabilidad respetuosa que solo se concede á las personas de verdadero mérito: Batilde, por su parte, obtuvo lisonjeros cumplidos, y una multitud de bailarines se acercó á ella. Batilde, sin embargo, se había comprometido, y ya sabemos con quien, para la primera contradanza, y fácil nos será creer que no sería la única que se hubiese propuesto otorgar al jóven vizconde.

La condesa se consideraba dichosa al ver tan contenta á su hija, y no pudo resolverse á retirarla del baile antes de la una de la mañana. Además, el vizconde había insistido mucho en que no se marchasen antes, pues ningún baile había tenido para él tantos atractivos. Bailó tres veces con la señorita de Merval y habló con ella de la quinta del pequeño Loira con una animación y un placer indecibles.

—Ireis á vernos á ella, señor vizconde, le dijo la jóven.

El vizconde, por su parte, prendado de la sencillez de Batilde, murmuraba entre dientes:

—Sí; esta es la muger que he visto en mis sueños; bella sin coquetería, graciosa y amable, elegante y franca, viva y sincera; tal es la señorita de Merval. ¡Dichoso el mortal que consiga ser su esposo!

Al día siguiente Batilde y su madre se hallaban en el gabinete del marqués, y la condesa enumeraba todos los personajes ilustres que habían asistido al baile.

—¿Y ha bailado Batilde con el vizconde? preguntó el marqués.

—Tres veces, abuelito, respondió la jóven, y su compañía me agradaba mas que la de todos los demás, porque al menos hablaba con él, mientras que con otros no me atrevía á pronunciar una palabra, y solo contestaba sí ó no á lo que me decían.

—¡Ah! ¿Con que estabas mas animada cuando bailabas con el vizconde?

—Sin duda.

—En efecto, databa ya su conocimiento de veinticuatro horas.

—Es decir que...

—¿Cómo? ¿Conocias por ventura al vizconde sin habérnoslo dicho?  
 —A él no precisamente, abuelito, pero le reconocí antes de ayer, al punto que se presentó.  
 —¿De modo que Gaston no era extraño para tí?  
 —Sí tal... poco mas ó menos.  
 —Espícame, Batilde. ¿Acaso en el convento?...  
 —Oh! no: nunca le ví en el convento, abuelito.  
 —¿En dónde pues?  
 —En la quinta.  
 —¿Imposible! ¿Cuándo?  
 —Esta última vez.  
 —Pero si Gaston no ha estado allí este invierno...  
 —Eso es muy cierto, y con todo, abuelito, estaba allí antes de que yo llegase.  
 El marqués miraba á su nieta con asombro é inquietud, pero ella le dijo:  
 —Vamos, abuelito, si no adivináis, os lo voy á referir todo.  
 —No... no adivino, repuso el anciano.  
 —Pues bien; ví al vizconde en la quinta todos los días... por las mañanas al despertarme y... aun por las noches despues que me dormia. Pero aquel vizconde no bailaba ni hablaba; lo único que hacia era mirarme fijamente: cuando yo le miraba, se sonreia... su estatura era así... como mi mano, y estaba... sobre la chimenea de mi dormitorio.  
 —¿Ah bribonzuela! Te refieres al retrato que dejó su pobre madre en la quinta la última vez que en ella estuvo...  
 —Precisamente, abuelito... Lisa me reveló de quién era, y despues he visto que se parece mucho á él.  
 —Lo cual significa que has examinado con detenimiento el retrato de nuestro amiguito.  
 Batilde estrechó la mano de su abuelo y la acercó á sus labios; despues abrazó á su madre, que no habia tomado parte en la conversacion. La condesa previno afectuosamente á su hija que se retirase por un momento, y viéndose sola con el marqués, pudo hablar á este con entera libertad.  
 —¿Qué niña tan encantadora! exclamó el marqués: su presencia me ha reanimado; pero temo que la existencia que has aceptado por aliviar mis males, sea perjudicial para ella: no quisiera entristecer su vida como he entristecido la tuya.  
 —He pensado ya en el porvenir de Batilde, observó la condesa, y se me figura que mis proyectos darán resultados, si me concedéis vuestro consentimiento.  
 —Sabes que siempre he pensado como tú, y estoy seguro de que no tendré mas que sancionar lo que hayas imaginado.



Las cenas del Directorio.

—Sí; un jóven á quien habeis visto nacer, y cuya madre fué mi mejor amiga.  
 —¿Cómo! ¿El vizconde?  
 —El mismo.  
 —A las mil maravillas, pues me parece que mi nieta no le mira con indiferencia. Ya se vé; ese retrato que la casualidad hizo que encontrase en su dormitorio...  
 —¿La casualidad? ¿Creeis por ventura que soy una madre imprudente?  
 —¿Pues qué! Aquel retrato...  
 —Fué colocado por mí en el dormitorio de Batilde, con el objeto de que llamase su atencion. Mi hija dibuja, y la miniatura debia atraer sus miradas... Sucedió lo que habia previsto, y Batilde conoció al vizconde antes de venir á París, tanto como le conocemos nosotros: eso ha sido mas ventajoso que si yo le hubiese hablado de él, como de un pretendiente á su mano.  
 —¿Ah hija mia! ¿Cuán cierto es lo que dices! ¿Qué ingeniosa eres para la felicidad de los demás!  
 —Lo único que deseo es que mi hija ame á su esposo como yo he amado al mio: cuando ese amor queda destruido por la muerte de uno de los dos, le queda al otro el recuerdo de su pasada ventura, y este recuerdo hace vivir. Así pues, padre mio, todo va saliendo á medida de mis deseos, pues ya el vizconde en su último viaje me pidió la mano de Batilde, y esta misma mañana me ha escrito sobre el mismo asunto. Se excusa de esta precipitacion con una órden que ha recibido para trasladarse á Africa por tres meses, despues de los cuales quedará colocado definitivamente en París. Aquí está la carta del vizconde, y hé aquí mi respuesta en caso de que tengais á bien ratificarla.  
 El marqués leyó las dos cartas, y añadió en la de la condesa estas palabras:  
 «Venid, hijo mio, y recibireis de mi mano á vuestra esposa.»  
 La condesa sondeó despues de esto á su hija, y se cercioró de que esta amaba al vizconde, de modo que pudo enviar á este la contestacion sin el menor inconveniente.  
 El vizconde no se hizo esperar, y ocho dias despues quedó ajustada la boda de los dos amantes, que se celebró tan pronto como el primero volvió de Africa, en la capilla de la aldea del pequeño Loira: aquellos habitantes y los pobres á quienes nunca abandonó Batilde, dirigieron sus súplicas al cielo en favor de los afortunados esposos, en nombre de los beneficios que debian á la liberalidad de la condesa.

—Pues bien, padre mio, he pensado en casar á mi hija.  
 —Muy bien hecho, si has encontrado un hombre que la merezca.



El vecino del cuarto principal y el portero.